

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 106 - Mayo de 2019 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



Aire vicioso



NOS ESTAMOS AHOGANDO

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufraasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

– Andrea Aldana

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Gustavo y Didier

Entre nosotros parece haber una razón de fondo para prohibir un sorbo de aire en el espacio público: se trata de cuidar nuestra salud, de evitar el envenenamiento cotidiano que nos entrega el aire del valle.

Poco a poco se prohíbe el uso de parques y aceras con la noble idea de defenderlos, y de cuidar nuestros pulmones del hollín necesario e infalible. De modo que desde aquí recomendamos respirar muy despacio y a conciencia. Y protestar con tapabocas.

A este paso vamos pa la PM

Son muchos los contaminantes presentes en el aire. Sin embargo, debido a su alta toxicidad y graves efectos en la salud, se usan como referencia global las concentraciones de material particulado o PM.

Los principales componentes del PM son los sulfatos, los nitratos, el amoníaco, el cloruro de sodio, el hollín, los polvos minerales y el agua.

Si bien las partículas con un diámetro de diez micrones o menos (PM10) pueden penetrar y alojarse profundamente dentro de los pulmones, existen otras partículas aun más dañinas para la salud, que son aquellas con un diámetro de 2.5 micrones o menos (PM2.5). Un polvillo treinta veces más pequeño que el grueso de un cabello humano.

Las PM 2.5 pueden atravesar la barrera pulmonar y entrar en el sistema sanguíneo. La exposición crónica a partículas contribuye al riesgo de desarrollar enfermedades cardiovasculares y respiratorias, así como cáncer de pulmón.

El material particulado tiene además la virtud de cultivar sus frutos en la esponja de nuestros pulmones y en algunos substratos más variados. El hollín entrega sus frutos en toda “tierra” que se le ofrezca.

El Laboratorio de Calidad del Aire (Calaire), de la Universidad Nacional Sede Medellín, ha desarrollado desde hace diez años estudios basados en muestras de filtros de material particulado obtenidos de estaciones de monitoreo en el Valle de Aburrá. En análisis de filtros de PM10 ha encontrado seis géneros de hongos que pueden enfermar la vegetación y, en las de PM2.5, bacterias potencialmente nocivas para la salud como Firmicutes, Proteobacterias y Actinobacterias, además de otras que rompiéron el ADN, alteraron el metabolismo y la morfología de células de ovario de hámster chino.

Nuestros pulmones funcionan algo mejor que esos filtros y si tenemos suerte seremos un buen hámster chino con más de diez años de exposición al aire de los municipios. Intenten no fumar tabaco ni otras sustancias para que sus muestras sean confiables.

Tomen aire y cierren la ventanilla

Las administraciones locales y las autoridades ambientales del valle de

Aburrá juegan cada seis meses con las contingencias y las alarmas. Una semana para cambiar algunas rutinas y un resuello de ciudadanía responsable. Todo termina con un paro de volquetes, las cifras de las pérdidas del comercio y las dificultades logísticas.

Pero las fuentes móviles, vehículos de todo tipo, vuelven a soltar el 80% del material particulado en el área metropolitana: camiones (36%), volquetas (22%), motos 4T (19%), buses (10%), vehículos particulares (6%), motos 2T (4%) y taxis (2%).

La OMS recomienda no superar promedios de contaminación anuales de PM 2.5 mayores a 10 microgramos por metro cúbico (10 mcg/m³). Según los datos más actualizados de la OMS, Medellín supera 3.6 veces el tope máximo recomendado, con un promedio de 36 mcg/m³ anuales.

Más de 3900 muertes prematuras anuales por causas asociadas a la calidad del aire se producen en el valle de Aburrá. Eso significa más de diez muertes diarias.

Si no se toman medidas adecuadas y oportunas, controlando el uso del diésel, en 2030 morirán por estas causas más de diez mil personas en el valle de Aburrá. Es decir, más de 27 muertes cada día.

Pero el papel puede con todo y una última víctima es la letra muerta.

Desde el 1 de julio de 2018, la ley colombiana (Resolución 2254) prohíbe que se superen niveles de contaminación mayores a 37 mcg/m³ en periodos cortos de 24 horas.

El 16 de marzo de 2019 (un ejemplo entre muchos) el Siata registró estaciones de medición con concentraciones de hasta 63 mcg/m³ en el valle de Aburrá.

Para 2030, la Resolución 2254 prohíbe superar promedios anuales superiores a 15 mcg/m³.

El mayor porcentaje de muertes por Enfermedad Respiratoria Aguda (ERA) se presentó en la comuna de Belén, seguida por Laureles y La Candelaria. El mayor porcentaje de muertes por ERA en la edad 0-4 años ocurrió en las comunas Popular, Manrique, Villa Hermosa, Robledo y San Javier. Las muertes por ERA en personas con edad mayor a 60 años representaron el 80% del total de muertes registradas en el periodo 2011-2016.

Hay tranquilidad porque la muerte lenta y la asfixia no son la única promesa. Un estudio en más de 1550 condados realizado desde 2005 hasta 2010 por la Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos concluyó que las poblaciones que respiran aire contaminado tienen mayores tasas de muerte por accidentes cerebrovasculares. La polución tampoco es un veneno equitativo, el estudio también resalta una mayor tasa de mortalidad en los condados más pobres y con menos médicos por habitante. Cuando se juntan esas condiciones el riesgo de muerte por “derrames” es 8.5 veces más alto que en territorios con menos humos y más médicos. ©

Melodistas-Universo Centro

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 106 - Mayo 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Carta al Príncipe

por JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Ilustración: Manuel Celis Vivas



Hoy, que ya han pasado los años y lo veo a usted tan sereno y campante por el mundo, viviendo de los logros de su padre, o de sus errores, me atrevo a escribirle esta misiva y créame que me tiembla la mano, porque la verdad me tiembla, pero me decidí, puesto que yo, igual que muchos, fui una víctima más del Soberano y de su corte.

No pido una mísera indemnización, una moneda, no; el dinero a estas alturas del partido ya no importa; lo que importaba ya está muerto.

Solo quería contarle, sin resentimientos, que cuarenta años atrás llegó al barrio el nombre de su padre y todo cambió; detrás del suyo, el de su hermana, el de su madre, el de sus tíos y tías, el de su abuela. En fin, el de toda su familia, usted me entiende.

Nosotros éramos un grupo de amigos, de todos los colores a los que aún no les despuntaba el bigote, el menor, que era yo, no cumplía los catorce.

Y digo amigos porque el idioma no nos lo habían cambiado; amigo era el amigo o llavecita, no parcerero o gonorrae.

Después de salir del liceo, o de la escuela, donde jugábamos a ser inteligentes, nos parábamos en la tienda de la esquina, donde, igual, jugábamos a ser mayores; éramos más de veinte, sin contar a las mujeres. Cada cuadra tenía su esquina y cada esquina su tienda.

Era difícil vernos a todos reunidos, desde que no hubiera un pica, un baile, una elevada de cometas.

Discúlpeme, me estoy desviando del tema; a usted qué le va a importar... Le decía que hace cuarenta años pasábamos de los veinte y teníamos sueños. No le mentaré, ya todos conocíamos el poder de la yerba, no todos la usábamos pero sí habíamos experimentado con sus duendes y demonios grises.

Pues bien. Con la aparición de su padre apareció el dinero, y no digo que él lo trajera, no, fue mera casualidad, una cosa llega con la otra, usted me entiende.

Llegaron las vueltas, los escapularios, las Calimatic, las Mini Uzi; la palabra sicario saltó del diccionario al televisor, e hizo su debut La Oficina. Muchas casas de una planta se convirtieron en edificios de cinco pisos, con altar a María Auxiliadora, alumbrada de noche y alumbrada de día, o con la imagen del Niño Jesús de Atocha que repartía su abuela, ¿lo recuerda?

Detrás, ¡maldita sea!, arribaron cogiditos de la mano el maldito perico y el maldito bazuco; malditos, sí, porque nos robaron los sueños a casi los veinte que vivíamos parados en esa esquina.

El barrio se llenó de ollas: la de Gloria, Jahel, la de Tato, La Arboleda, El Morro, San Cayetano, el parque, Bulerías, y una docena más. Los sueños se fueron a la mierda por ese maldito polvo, a la mierda las muchachas, las ganas de hacer el amor, los balones, la familia, los sueños de ser abogados, futbolistas, médicos, ingenieros, periodistas, aviadores, poetas, policías; a la mierda se fue la tienda y a la mierda la esquina. ¿Lo recuerda?

No, usted qué lo va a recordar, discúlpeme, era una simple pregunta; usted no era de allí, usted solo recuerda lo que le conviene, por ejemplo: la fábula de esos miserables dos millones de dólares que, según usted, su padre quemó para darle calor a la heredera.

En tanto usted intentaba mostrar la cara protectora de su padre yo pensaba que quizás uno de esos billetes verdes había pasado antes por nuestras narices.

¿Se imagina cuántos muertos son dos millones de dólares? ¿Cuántas narices tuvieron que aspirar para calentar a la princesa? ¿Cuántos bazucos se tuvieron que armar para poder hacer una hoguera? ¿Cuántos seres humanos nos convertimos en leña para que la Infanta no se muriera de frío?

No es reclamo, créame; a veces me apasiono y me gusta hacer sumas y restas; no soy tacaño. Dos millones no son nada para calentar a quien se ama.

Me volví a ir por otro lado, discúlpeme de nuevo, este apasionamiento mío me hace cometer errores, y desviarme de lo esencial. Le decía: de los veinte murieron diecisiete; no sé por qué razón quedamos tres: la Urraca, Tembleque y quien le escribe. Los otros ya no están.

Pécora, Mako, la Gallina, Moncada, Tato, Adolfo, Elkin, el Cocco, Totuma, el Negro, Sol, el Víctor, el Liso, Caliche, la Gaita, Pate y Juanjo; diecisiete, que quede claro: hablo de mi esquina, la tienda de don Ignacio. Si me pusiera a sumar otras, ni el papel ni la memoria alcanzarían.

Por eso fue que me atreví a escribirle, no por los tres que quedamos vivos, no, por los miles de diecisietes que reposan en el olvido. Piénselo bien cuando, con jactancia, va por ahí diciendo que su padre se suicidó: “Me confesó que tenía quinque balas en su pistola y que catorce de ellas irían para sus enemigos, y la última, para él”.

¿Qué le añade, de más o de menos, al holocausto que dejó, si fue suicidio o un tiro de gracia? Creo que lo importante fue que se le acabaron las balas. ©

TAMBIÉN CON MIEDO, TAMBIÉN CON FUERZA

por SIMÓN MURILLO MELO

Fotografías: Juan Fernando Ospina-Archivo Fértil Miseria

Piedad es una maestra de primaria en sus cincuenta con una voz dulce de asperezas escondidas; hoy tiene una camisa de Pink Floyd escotada y tacones destapados. Un pelao de chaqueta llena de pines le viene a dejar unos cedés de su banda, Odio, para que los venda en su tienda: Rock and Roll.

—¿Me trajiste factura? —le dice Piedad.

—No, nada.
—¿Cómo que no, pirobo?
—Es que yo confío en usted.
—Es que no se trata de confianza. Es por tener la contaduría hecha, bobo.

Rock and Roll queda en el segundo piso del Centro Comercial Paseo de La Playa, un edificio de dos pisos en la esquina de La Playa con la Oriental, rodeado de hombres repartiendo volantes. Uno de ellos con crespos a lo Zarco persigue a una señora y le dice casi al oído: “Nos vamos a perforar, nos vamos a tatuar, pipas, narguilas, copas pa hacer el amor”. Es un resumen de lo que ocurre adentro: un sábado cualquiera el sitio zumba con las agujas de los tatuadores y parece que cada local está repleto.

En Rock and Roll no tatúan ni hacen *piercings*. Máscaras de películas de terror adornan las paredes, las acompañan sostenes de taches, colgantes, medias veladas negras repletas de patrones intrincados, camisetas de punk, de hardcore, de metal, de rock, zapatos de plataforma recubiertos en tartán, botas hasta la rodilla, arneses y objetos que no sé cómo se ponen y no estarían fuera de lugar en una tienda sadomasoquista. Lo atienden las hermanas Castro, que son además el alma de Fértil Miseria, una banda fundamental del punk antioqueño, la primera íntegramente compuesta por mujeres, cuando tocaba con ellas la fallecida Yolanda Molina.

Fértil suena a la Oriental, cuando el orín se combina con el esmog y los pitidos de los carros no tienen fin y los edificios se tragan el sol:

Amarillo encabeza
la gran farsa
Azul el cielo
Rojo la muerte
van a adorar
a la bandera
negro es el color
de la bandera
sucio es el color
de la bandera (...).

Vicky es la que canta y escribe las letras. Es pequeña y tiene la cabeza casi rapada y entre los pocos pelos claros y las canas se alcanza a ver un tatuaje que le cubre todo el cráneo. En los brazos hay muchos más, entre ellos una esvástica negada; su cuerpo, un testamento de horrores y resistencia en el siglo XX. “La ropa no lo hace a uno, pero mientras más roquera me vista mejor me siento”, y habla del visaje de “un bobo hijeputa con una cresta o una cadena pero que no sabe nada”. Ella fue la primera mujer vocalista de una banda de punk,



posiblemente la primera roquera en liderar una: Crimen Impune.

En los años ochenta había muy pocas mujeres en el rock en Medellín y las miraban por encima. “No nos decían cosas porque llevábamos mucho tiempo en la escena y sabían que amábamos el rock. Todos decían: cómo será el descache de esas viejas, y por eso iban a vernos al principio. Cuando tocamos las primeras veces, siempre era en piezas y techos con bandas amigas. En Castilla, Manrique, Envigado, basureros, donde fuera”.

Vicky trabajaba en Mimos y Piedad, la bajista, estaba cansada de hacer fonómicas: tocaban con guitarras de palo. “Trecientos, cuatrocientos roqueros en una terraza, poníamos el disco y nos disfrábamos y hacíamos como si estuviéramos tocando. Nos daba mucha risa porque a veces la gente creía que estábamos tocando de verdad y yo les decía, cómo pueden ser tan brutos!”.

Empezaron como un trío con Yolanda que murió de cáncer hace tres años; le pusieron a la banda Fértil Miseria por la abundancia de la tierra antioqueña para engendrar asesinatos, desplazamiento y pobreza. Yolanda tenía una tienda de discos para punkeros en el Paseo de La Playa y Piedad se la manejaba hasta que se cansó y decidieron cerrarla. Aprovechó el vacío y hace once años ya, montó Rock and Roll tras la huella de Yolanda: “Yo quería que los roqueros tuvieran un lugar chimba al que ir”, dice.

Eran los años más duros del narcotráfico, en los que la violencia arrojaba miles de flores sangrientas en Medellín. El punk, un orgulloso hijo bastardo del rock tocado en garajes por *amateurs*, reggae, ritmos peruanos y el caos social, nació más o menos en 1978 en Inglaterra. El año del verano más caliente hasta el momento registrado por allá, cuando la inflación estaba disparada y el trabajo era escaso en los suburbios. Los orígenes musicales y estéticos del punk son difusos, retumban contra las puertas de las bodegas, en suburbios hastiados y en las entrañas de pelaos solos; inventando la blasfemia en bares de tercera. Su estética se unifica por la confrontación a la sociedad, a la música, al futuro: algunos andaban con agujas perforando las narices, cachetes y orejas, mujeres se vestían de hombres, hombres andaban con faldas, la ropa del colegio se podía convertir en una indumentaria militar para escandalizar a la madre, camisetas mostraban violaciones, esvásticas y fotografías obscenas, las banderas y símbolos patrios y religiosos eran contrvertidos. Vivienne Westwood, la madre de lo que significa el punk llamó a su primera tienda Sex que después cambió de nombre a Les Seditonaries.

El punk era la estética de la amalgama y el caos que rehusaba cualquier cuartel. Un vacío en el entramado de la vida que se convertía en otra cosa. Westwood lo resumía como “vestimenta confrontacional”,

el choque entre lo natural y lo construido: si era feo, era hermoso.

Aquí, el sonido y la estética del punk llegó tarde, en los albores de los años ochenta. “Cuando estábamos empezando no había ropa. Las camisetas pintadas con vinilo, todo de negro. Los taches, inmundos, los comprábamos en ferreterías, no había tiendas especializadas. En el ochenta y punta nos llegó de Estados Unidos a Vicky y a mí una camiseta original de Slayer y Destruction”, dice Piedad, “y todo el mundo nos paraba: ¡jesas camisetas!, llegábamos a un concierto y casi que no nos dejaban en paz. Y yo mandé dos pintadas para la USA y allá eran la sensación las pintadas de vinilo. Ellos querían las de aquí y nosotros queríamos las de allá. La ropa era mucho más agresiva que la de ahora. Nos poníamos taches en la muñeca. ¡No, eso era un tacherío ni el hijeputa! Y era lo único que había. Toda la ropa era hecha por nosotros”. Durante un tiempo usaron gabanes y una mezcla del vestuario pasado y moderno de los punkeros europeos; como la música, las pintas inevitablemente llegaban tarde.

La ropa cumplía aquí una función más explícita que para los punkeros del primer mundo: marcar territorio. Para muchos, el punk fue lo que salvó o intentó salvarles la vida cuando todo se hacía pedazos, decenas de jóvenes buscando baterías para empezar una banda. La creatividad, producto de la brutalidad medellinense, florecía. A finales de

los ochenta y principios de los noventa Medellín era, como siempre, la primera en el mundo: desbordaba en bandas de rock y asesinatos. Su influencia creativa se extendió a la moda, la publicidad, la fotografía, el cine. Piedad se convirtió entonces en una influyente figura del fanzine y el periodismo musical, editando a punta de fotocopias las revistas *Medellín Subterráneo* y *Nueva Fuerza*.

En los fanzines se escribía sobre el uso de napalm y los abusos del imperialismo gringo, entrevistaron a la banda sueca Raped Teenagers sobre el frío por allá arriba y a una banda local que les dijo sobre su producción: “Hasta el momento hemos vomitado ocho asquerosos temas y esperamos seguir haciendo más”. El estilo se convirtió en una forma de arte y de vida, el rechazo a todo con un largo y estilizado dedo medio sobre la sociedad que los parió.

El actual cantante de Mayhem, la influyente banda de black metal noruega (el anterior murió asesinado como parte de una oscura trama de suicidios, cuasicanibalismo y rituales satánicos), tiene un disco de Fértil que mostró en una entrevista, en la que dijo que el sonido de Colombia se parecía al de Noruega. “De una u otra manera la rabia de nosotros era la guerra, la música, el miedo, porque también con miedo se hace música. Y lo de ellos podría ser la soledad: tenerlo todo puede ser muy duro también”, opina Piedad.

En esos años se iban caminando a todas partes. Una amiga de las hermanas recuerda las subidas a pie hasta Santa Elena y las caminadas desde las comunas del norte hasta Envigado. Las acusaban de satanismo y les cerraban la puerta en la cara. Una vez la Kika, hombre de confianza de Pablo Escobar, se las encontró cuando subían a pie por Castilla y sacó el arma para matarlas, “por roqueras”, pero apareció una patrulla que les salvó la vida.

En una fiesta en Cristo Rey se fueron las hermanas Castro con un combo de punkeros. Iban a una casa desocupada con sus tesoros más preciados: discos carísimos de vinilo que llegaban de Europa y Estados Unidos. Entró una banda armada con pistolas y machetes, cerraron la puerta y los robaron. Después anunciaron que iban a violar a todas las mujeres. “Teníamos los gabanes y los hombres eran igual de peludos que las mujeres. Yo le dije a Vicky: parece, agache la cabeza y no la vaya a alzar ni por el putas. Y los hijos de puta dijeron: ‘hagan fila aquí los hombres’, y nosotros nos hicimos con los hombres y salimos. A las cinco mujeres que quedaron las violaron y las volvieron mierda. Eso fue una cosa que yo nunca olvidaré. Creo que Vicky y yo fuimos las únicas que nos escapamos”. La ciudad se partía en gritos y los barrios se dormían a punta de balas. Los punkeros se arrastraban por calles y esquinas como una mancha negra intentando gritar más fuerte que Medellín, en una espiral de muerte y violencia, de No Futuro, de presente infinito.

La música de Fértil es particularmente agresiva. El ritmo es veloz y la cacofonía de los instrumentos parece atacar la complacencia del oyente; las letras hablan de desplazados, atacan a los militares, a los policías, al Estado. Una de sus canciones más populares, *Los generales*, dura minuto y medio y termina así:

Honorables, honorables, honorables, generales
Honorables, honorables, honorables, gonorreas
Gonorreas, hijos de puta.
Otras tratan explícitamente de la muerte:
Instantes
de fríos envolventes
otro cuerpo está inerte
su mente esperará
es mi hijo, es mi hermano
no tenía que pasar
es muy joven, es mi amigo
nos tenía que dejar.

El punk puede leerse como un dadaísmo comprometido. Letras e imágenes crudas mezcladas con lo imposible para hablar de lo imposible. Dice Piedad: “Estoy absolutamente convencida de que esa agresividad en las letras y la música, y todo lo que hace a una banda como Fértil Miseria, es la consecuencia y la causa, además, de haber sufrido toda esa violencia”.

Piedad perdió la cuenta de sus muertos, y Vicky dice: “No hay necesidad ni de hablar de eso”. Crecieron en un barrio complicado. Vicky dijo en una entrevista que le ofrecieron plata para matar a un policía. A Juan, el guitarrista de la banda, lo metieron a un carro hace unos años y le dieron vueltas para intimidarlo: no te queremos ver más por acá, peludo. Cuando Piedad habla de su infancia se le quiebra la voz, normalmente dura y voluminosa. “He pasado hambre, maltrato por parte del padre, autoritarismo, me tocó aguantar hambre, viví en la calle veinte días. Mi papá nos maltrataba y nos iba a pegar con una tabla que tenía un clavo y salimos voladas... Creo que por eso amo tanto a mis estudiantes, porque sé lo que es ser como ellos”. Los estudiantes de Piedad, que se sorprenden



cuando ella también toma aguapanela, son su orgullo: cuando habla de ellos, también llora.

El hijo de Vicky de diecinueve años vive con ella y estudia Diseño Gráfico. A veces, ella le dice al despedirse: “Cuidese, y de pronto nos vemos después”.

Y aunque hay problemas de plata, las hermanas se aferran. Son admiradas y la violencia ha podido ceder en sus vidas. Vicky revienta de orgullo cuando llega a los parches: le piden fotos, le dan picos; a Piedad se le arriman para decirle que es una berraca.

Los locales en el Paseo de La Playa tienen una clientela esquiva y esporádica. En pocos meses los locales cambian de dueños y ofertas. La mayoría del primer piso son propiedad de una mujer *hare krishna* que se expandió al negocio de los metaleros y punkeros. Tiene más de diez tiendas, todas idénticas: fila tras fila de camisetas negras al lado de narguilas y *piercings*. En el segundo piso, Blacky's store exhibe un maniquí con chaqueta de cuero, *leggings* de esqueleto, botas punkeras, todo al ritmo de Bruno Mars sonando por los altoparlantes, Cambios Trujillo's cambia bolígrafos a pesos, y el local es solo una mesa colegial en una esquina, ni siquiera paredes de yeso.

Vicky está un poco arrepentida de no haber seguido trabajando en Mimos. Gente que empezó con ella ya es administradora o ha escalado en la cadena corporativa de la empresa, pero ella sigue teniendo problemas de plata. Hace poco le descubrieron varios problemas de rodilla, le duele y está empezando a caminar con una ligera cojera. No quiere hacerse operar, porque eso implicaría volver a operarse dentro de cinco, diez o quince años. Sus tatuajes y sus pantalones de cuero, la expresión feroz de siempre son una defensa ineficaz ante el cuerpo que se desgasta a fuerza de golpes y calle.

El equipo de fútbol en los torneos interclases de los alumnos de Piedad se llama La Piedad, porque los niños la quieren mucho aunque sea “fuerte”. Los regaña por sentirse mal y los hace quedarse más tiempo si no hicieron la tarea. “Usted tiene que ser alguien en

la vida, porque yo ya tengo media pata en el cementerio, y es a ustedes a los que les toca cambiar este mundo tan asqueroso”. Habla de la descomposición social y critica a las familias colombianas, y por un momento suena como un político conservador: “¡Es que esos pelados andan en la calle a las once, doce de la noche, y a los papás no les importa!”.

¿Y vos no estabas en las mismas a esa edad? “No. Mi papá no nos dejaba. Teníamos que estar en la casa a las nueve de la noche”. Vicky la interrumpe: “Y llegábamos al otro día, nos daban unas pelás”.

Piedad no tiene hijos. “La chimba, tener un niño en este mundo tan gonorreá”. Sus arranques godos los puede descargar en la tienda, con sus estudiantes, en la banda.

Ella piensa que en algunos años puede cerrar la tienda, aunque no sabe qué hacer con Fértil. “Es un novio feo que nunca quiero dejar”. Detesta la vejez: “Es el estado más asqueroso del ser humano. Y por ese odio tan hijeputa que le tengo, seguro voy a llegar a vieja. Pero por ahí en unos diez años me voy con Vicky y unas amigas a una finca, un parchecito de viejos roqueros para ir a morirse”.

Este año cumplen treinta años juntas, la banda de punk más vieja de Antioquia, y tal vez de Colombia. En 2010 se presentaron ante más de treinta mil personas en Rock al Parque. A Piedad le dio diarrea. “Yo casi me muero: cagué tres veces. Ya después del tercer tema, muy bien, pero si me ponía a mirar al frente, me moría. Y se veía gente con banderas de Fértil Miseria. ¡Qué belleza!”. En el concierto, los pelados hicieron un pogo gigantesco, mientras Piedad, con una camiseta de Dead Kennedys y un bluyín negro pegado, voleaba la cabeza, y Vicky, vestida y con el aplomo de un general anarquista, se paraba con fuerza en un reflector, canalizando el odio y la esperanza de un público que se enredaba como un huracán. A ratos parecían cansadas y Vicky se arrodillaba a descansar. Pero un segundo más tarde ya estaba otra vez de pie gritando con la rabia de los años; ¡Gonorreas hijeputas! ©



Revolución doméstica

por OMAR MAURICIO VELÁSQUEZ

Fotografías: Archivo familiar

El pastel de pollo y el café con leche constituyen la piedra angular nutritiva de mi infancia. Me los compraban al lado del Edificio Henry, en La Sorpresa o en Fedeta. El bus de Castilla parqueaba en Juan del Corral, frente a la Lavandería Real, y desde ahí se caminaba para arriba, para abajo, para un lado y para el otro. Mi mamá solía bajar por Juanambú hacia la Plazuela de Zea y en la Plaza Rojas Pinilla se encontraba con doña Aura, que vivía ahí cerca, en un apartamento con olor a Creso Pinol donde siempre me daban Pepsi con galletas Sultana. Unos pasos más adelante estaba la Federación de Trabajadores de Antioquia, una agremiación de distintas organizaciones sindicales reunidas en un inquilinato donde, además de sus labores de vigilancia, los cuidaderos administraban una cafetería. Los tiempos muertos del colegio los pasé entre ese lugar y el Edificio Jemacias, al frente de la iglesia de La Veracruz y a dos calles del puesto de la señora a la que mi papá le compraba morcilla al salir de las oficinas del sindicato. Como podrán intuir, soy el hijo de un par de socialistas, algo así como gente de izquierda moderada incapaz de agarrar un fusil pero dispuesta a tirar tachuelas en las calles para protestar contra el Estado y el estado de las cosas.

—Hoy quiero papas —le dije a mi mamá mientras apretaba el puchero con el que siempre avisaba mi disgusto de estar en aquel tumulto de gente que todo el tiempo hablaba de la utecé, la cetecé, la cegetedé, y el pecé—. La última vez le compré un buñuelo y lo dejé completo —replicó mi mamá sin agregar más porque en ese momento llegaban sus amigas Irene y Gudiel, que estaban en Bogotá y traían noticias de la dirección nacional de la Unión de Mujeres Demócratas de Colombia.

—Aida dice que nuestra labor va más allá del voluntariado social y la pedagogía —algo así le escuché a doña Gudiel—. Y que como mujeres de izquierda también debemos hacernos sentir el Día del Trabajo —concluyó, y enseguida le dio la palabra a la compañera Mariela, o sea, mi mamá.

—Yo les he dicho que esos barrigones buscan cualquier excusa después de la marcha para volarse con esas mujeres de La Veracruz —dijo mi mamá, si mal no recuerdo—. Que nos plantemos con ellos también es una forma de hacernos sentir menos disminuidas y anuladas —sentenció.

—Sí, sí, esos degenerados nos tienen reducidas con la excusa del manifiesto y después se van para La Terraza y el Dino Rojo a beber aguardiente con esas tipas —refunfuñaba otra señora, de la que olvidé el nombre.

Y así, entre puños que se alzaban al aire mientras apretaban los dientes, caminaron por el estrecho corredor hasta el vetusto *mezzanine* donde al fondo, quedaba la oficina de la Unión de Mujeres Demócratas, UMD, uemedé. O húmedas como también les decían.

Los días previos al Primero de Mayo siempre eran iguales. Si salía con mi mamá, el pastel de pollo era en Fedeta, si salía con mi papá, en La Sorpresa, ahí

al frente de Foto Garcés, donde me hicieron el retrato de la primera comunión.

—Ahí llamó mi señora —le escuché decir a don Camilo—. Esas húmedas nos van a dañar el plan con las coperas —remató, y lanzó una risotada que hizo temblar la larga mesa con trastos y cubiertos en el Sindicato de Trabajadores Siderúrgicos del que mi papá hacía parte.

—Voy a hablar con Mariela —dijo mi papá mientras se dirigía al teléfono Ericsson de disco, y al que le tenía que quitar un candado que evitaba las largas peroratas de un sindicalista sin identificar que disparaba la cuenta de servicios.

—Aló.

—Fedeta —le respondieron.

—Ve, pásame a Mariela la de la Uemedé —requirió mi papá. Al otro lado de la línea se escuchó un prolongado y

agudo grito de Marieeela y segundos después llegó mi mamá.

—Aló.

—Mella —contestó mi papá con la suavidad que enmascara el miedo varonil.

—Contá.

—Oíste, cuenta Camilo que ustedes van a ir a la marcha.

—Sí, ¿por qué? —respondió mi mamá.

Por un momento hubo un silencio que solo se rompía con los gritos de la plazoleta de La Veracruz, los pitos de los buses y el cordón del teléfono con el que mi papá jugaba.

—¿Por qué se les metió la idea de ir con nosotros a la marcha? —continuó mi papá.

—¿Por qué no?

—Mirá, te vas ...se van a exponer a un bolillazo, a una batida y a esas cosas que son de hombres.

En aquella época el pitido intermitente del tu-tu-tu era una señal inequívoca del fin de la llamada. Mi mamá, resuelta, no solo le había tirado el teléfono a mi papá. Ese día había comenzado una revolución que la llevó a gritar consignas, a forjarse como líder y hacer de su proclama un fin: "Hay que educarse para crear autonomía".

Mis padres han mantenido un matrimonio de más de sesenta años basado en el respeto, ese que hizo sentir mi mamá cuando le dijeron que "esas son cosas de hombres". Mis expediciones al Centro a comer pasteles de pollo disminuyeron, al tiempo que entraba en la adolescencia y comprendía el apodo infame que los sindicalistas les tenían a las integrantes de la UMD. ©



Congreso Nacional de la UMD. 1978.



Recibimiento a comisión de mujeres de visita en La Habana. 1979.

Estamos orgullosos de ser una cooperativa que también hace libros.

Desde 2012 en nuestra línea editorial, hemos entregado 793 mil ejemplares.

La diferencia está en confiar



VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

UNIVERSIDAD EAFIT

NUEVA MAESTRÍA EN

COMUNICACIÓN POLÍTICA

SNIES 107750 - Medellín. Resolución 1056 30 ENE 2019 con vigencia por 7 años. 3 Semestres

Un programa en el que se puede aprender sobre las nuevas interacciones políticas y electorales, la acción colectiva y entender los nuevos entornos digitales y de convergencia. ¡Proyecta tu perfil profesional con la nueva Maestría en Comunicación Política de la Universidad EAFIT!

Inscripciones abiertas

www.eafit.edu.co/posgrados
posgrados@eafit.edu.co

Vigilada Mineducación

Parteros

Alejandro Rentería

Alejandro Rentería, un campesino alto y desgarbado que dice llevar más de treinta años salvando vidas, pide la palabra. Con la voz inquieta, afirma que la función del partero es prestar las manos para que dios salve las vidas de la parturienta y del que nace; luego apunta al cielo, pide permiso y sale del salón donde los asistentes al Noveno Encuentro de Partería del Chocó, observan el simulacro hecho por una comadrona que lleva más de tres mil partos atendidos.

Se sienta afuera del salón, cruza los pies y extiende sus brazos sobre el espaldar del sillón. Contemplando unas hojas de Santa María que asoman en el patio, cuenta que su madre se la pasó toda la vida recibiendo niños; que él, entre mandado y mandado, fue reconociendo las plantas que ella utilizaba; que su nariz se acostumbró desde muy pequeño a la mezcla de olores fuertes del parto; y que la necesidad lo volvió, además de agricultor, partero.

—La necesidad justifica los medios —dice—, imagínese usted con su mujer a punto de parir, viviendo en un pueblo donde no hay médicos, donde el hospital más cercano está a dos o tres horas, usted no va a dejar morir a su familia.

Eran las once de la noche del primero de octubre de 1984 y a Doralba Cuesta, la esposa de Alejandro, le empezaron los dolores. En Yuto, cabecera municipal del municipio de El Atrato, el médico se ausentaba por semanas y los vecinos tenían que acudir a los yerbateros para aliviar sus dolencias. Esa noche tampoco era posible conseguir un transporte hasta Quibdó. Alejandro se sentó en la cama al lado de su esposa, le apretó la mano y le dijo que a su segundo hijo lo traerían sano entre los dos. El parto fue tranquilo. En medio de los gritos de Doralba, las sábanas embadurnadas y los líquidos que mojaban hasta el piso de madera, el campesino recordó las enseñanzas de la matrona. Pensó en las yerbas y los bebedizos para después del parto. Pasaron minutos. Alejandro sintió que su hijo se deslizó hasta sus manos; lo levantó, lo escudriñó de pies a cabeza y lo acomodó suavemente en el pecho de la madre.

—Cuando se atiende el primer parto uno ya tiene nociones porque eso es un saber que se transmite de generación en generación, yo fui aprendiz de mi madre, yo la veía a ella y así me fui preparando. Yo no tengo el concepto, pero tengo la práctica y una técnica empírica que aprendí con los años.

Después de aquella noche empezaron a llamarlo partero. En sus últimos 34 años de vida recibió a tres de sus cuatro hijos, a cuatro de sus seis nietos y a más de cien de los hijos de sus vecinos. Hoy, aunque prefiere estar en su parcela sembrando plátano y banano, ejerce el oficio para servirle a su comunidad. Alejandro afirma que le gusta el trabajo que le da la comida y la partería es un saber por el que no se puede cobrar.

—Cómo voy a cobrarle a una familia que no tiene ni con qué comer —dice, mientras observa un grupo de parteras indígenas que caminan hacia el río—. Ser partero no es fácil por muchos factores: está la falta de recursos, la responsabilidad que se tiene con la vida y la intimidad de la mujer; a ellas no les gusta que las atienda un hombre.

Hace algunos años llegó a encargarse del parto de una comadre, pero no lo dejaron entrar porque la señora esperaba una matrona. Después de que la familia de la parturienta recorrió todo el pueblo sin encontrar mujer que recibiera el niño, volvieron a tocar la puerta del partero. Alejandro corrió a la casa de la comadre, entró a la habitación y la encontró llorando de dolor. La mujer lo observó con recelo, le advirtió que no la mirara mucho porque le daba pena; Alejandro le contestó que tranquila, que él no necesitaba los ojos, que el trabajo lo hacían las manos y la cabeza.

—Los hombres ancestralmente fuimos criados para el trabajo en el campo, pero las circunstancias nos volvieron parteros. A mí me gustaría que mis hijos aprendieran, lastimosamente ellos no han querido, pero ya les tocará. Usted sabe, con las dificultades que se vive en el Chocó, cuando tengan la necesidad y yo no esté, aprenderán a partear.

José Galeano Sobricama

—A mi última niña me la dejaron morir en el hospital, por eso los indígenas no confiamos en la medicina occidental. Confiamos en los saberes que nos inculcaron nuestros ancestros y en el poder que la naturaleza nos da para salvar las vidas.

José Galeano Sobricama, indígena wounaan de 46 años, habla con una voz tremendamente reposada. Luego reclina el

cuerpo contra una mesa y se queda pensativo mirando el río Tanandó que a esta hora se desuelga turbio.

José nació en el resguardo San Cristóbal a orillas del río San Juan. Recuerda cuando tenía ocho años y le tocó el parto de su hermana. Un olor desagradable impregnó el rancho y no le dejó pegar el ojo esa noche. Y recuerda los gritos de su madre buscándolo en el monte para obligarlo a asistir al nacimiento de uno de sus sobrinos. Esa tarde, con apenas diecisiete años, supo que sería partero.

A los veinticinco asistió al nacimiento de su primer hijo. Su suegra y su madre le explicaron con detalle cada momento del parto. La preparación de brebajes, la mejor posición de la parturienta y el movimiento de las manos para acomodar el bebé: “Aprenda bien porque el próximo le tocará solo”, le dijeron.

Dos años después, en febrero de 1999, se encontraba pescando cuando un vecino lo buscó en el río: su esposa estaba a punto de parir. José soltó la pesca y corrió a la casa. Recogió unas cáscaras de coco tiradas en el patio, las quemó, las pulverizó y preparó un mejunje. La cáscara de coco, explica, tiene oxitocina que sirve para agilizar el

por JULIÁN ARIAS

Fotografías: Rodrigo Grajales

parto. Acercó unas ramas de cebolla y unas hojas de toronjil. Se lavó las manos y empezó a masajear el vientre de su esposa; ella, de pie, gritaba.

Al cabo de unos minutos, cuando José contempló a su hijo pateando entre sus manos, se percató de que no tenía con qué cortar el cordón umbilical. Inmediatamente acomodó el niño al lado de la madre, salió al patio y buscó un trozo de caña de azúcar; la limpió y la amoló afanoso. Volvió a la casa, tomó un pedazo de cabuya, la apretó alrededor del cordón, agarró el cuchillo de caña y cortó cuidadosamente. Así aprendió el tratamiento del cordón umbilical, dice ahora sentado en un sillón con los pies muy juntos y las manos aferradas a las rodillas.

Para el nacimiento de los dos hijos siguientes, la esposa solo llamó a José para que trajera el cuchillo de caña y la cebolla para bajar la placenta. —La mujer indígena por su confidencialidad prefiere parir sola, si hay complicaciones está el marido o alguien de la familia. En la comunidad cada familia tiene sus parteros, nosotros venimos con esos saberes desde nuestros ancestros.

Entre los años 2003 y 2015 José recibió a ocho hijos más. En total tuvo trece,

de los cuales, según él, tres fallecieron de muerte natural: un niño de un mes murió por desnutrición; un niño de cinco años murió de neumonía y una niña de tres años murió de inanición en el año 2004, el día que la familia salió del resguardo San Cristóbal desplazada por la guerrilla hacia Quibdó.

—También está la niña que me dejaron morir en el hospital —señala. Su cuerpo y su voz permanecen serenos.

Cuando la esposa de José quedó embarazada de su última hija, vivían en un asentamiento para desplazados en las afueras de Quibdó. Por temor a las consecuencias judiciales en caso de que le sucediera algo al bebé, los controles prenatales los hicieron en el hospital de la ciudad, allí les dijeron que, por la edad de la mujer (45 años), el parto no podían atenderlo en la casa y mucho menos con un partero.

Era septiembre de 2016, José se encontraba en el centro de la ciudad vendiendo collares de chaquiras cuando le sonó el celular. A su esposa le habían empezado los dolores y los vecinos la llevaron hasta el hospital. José cuenta que cuando llegó al centro médico encontró a su mujer sola, retorciéndose de dolor en una silla. Rápidamente buscó al médico de turno, le dijo que él era partero y que su esposa ya no aguantaba, que estaba a punto de parir, pero el médico le contestó que debía esperar. Después de más de una hora se abrieron las puertas de la sala de espera y asomó una enfermera empujando una camilla. José se puso de pie para acompañar a su esposa, pero le impidieron el paso. Minutos más tarde, la enfermera buscó a José para decirle que el parto se había complicado y su hija había nacido muerta.

—Normalmente como venía recibiendo a mis hijos en la casa nunca pasó

nada —dice el partero—, el problema fue llevarlo al hospital.

Américo Mosquera

Para Américo Mosquera sus dos profesiones, minero y partero, tienen más relación de lo que la gente cree.

—Sin la minería no podría partear, la minería me da el sustento, la partería es un trabajo para mi comunidad.

Aunque insisto en preguntarle por su experiencia en la partería se empeña en hablar de minas y bateas.

Asegura que el trabajo en el río les sirve a las mujeres barequeras como ejercicio prenatal. También están las madres solteras que trabajan hasta el último día del embarazo, y apenas cumplen la dieta agarran la batea y se lanzan al río a buscar una pizca de oro para alimentar al hijo. Cualquier actividad en la vereda Angostura, dice, tiene que ver con la mina.

Américo conoció la minería al mismo tiempo que la partería; mientras su padre, batea en mano, madrugaba a zambullirse en el San Juan, su madre aconsejaba a las embarazadas de la vereda. En aquella época las opciones para un niño de diez años eran limitadas: acompañar al padre en las tareas de minería y sentarse en una piedra al borde del río, recorrer el monte con la madre para recoger plantas y preparar los bebedizos que luego llevaba a las parterias.

A los trece años Américo ya podía cargar su propia batea e identificar las plantas para los remedios. En esa etapa se inclinó por la minería, decidió apartarse de las caminatas diarias con su madre y las charlas sobre el embarazo. Pasarían dieciséis años para que Américo retomara el saber materno; empezó a formarse en medicina tradicional y se

preparó como promotor de salud para su comunidad. Así conoció a José Brandino Mosquera, médico yerbatero y partero tradicional.

—Yo me di cuenta de que en mi comunidad solo había un partero y no había médicos. Si a una mujer le agarraban los dolores por la noche no había quién la atendiera ni tiempo para trasladarla hasta el hospital. Cuando yo vi esta necesidad me metí en el cuento de aprender a partear, me fui para la casa de mi compadre Brandino y le dije que me enseñara.

El día que Américo terminó el curso de promotor de salud, sin quererlo, se convirtió en el enfermero de Angostura: aprendió a hacer suturas, a tomar la presión, a formular plantas y bebedizos. Ahora se ríe recordando las filas que se le arman en su casa y las dos semanas que lleva con el tensiómetro dañado.

—Tengo a los viejos de la comunidad esperando para tomarles la presión —dice y suelta otra carcajada que lo levanta de la silla—. Caminemos que me voy a entumir.

Caminando por la orilla del río Tanandó Américo deja de sonreír, observa el cauce y retoma el tema de la minería.

Según él, la turbiedad del agua se debe a alguna máquina estacionada kilómetros arriba. Los problemas de los chochoanos, agrega, empezaron a mediados de los años ochenta cuando hicieron la carretera que comunicó a Quibdó con el centro del país; la llegada de las máquinas acabó la minería ancestral, deterioró los terrenos y contaminó los ríos.

—Nosotros, a diferencia de las grandes empresas, estamos haciendo minería verde y amigable. Le doy un ejemplo: nosotros no utilizamos mercurio como la minería grande, utilizamos la baba de balso para sacarle la jagua al oro y al platino. Pero yo no hablemos

más de minería que a usted le interesa es el otro tema.

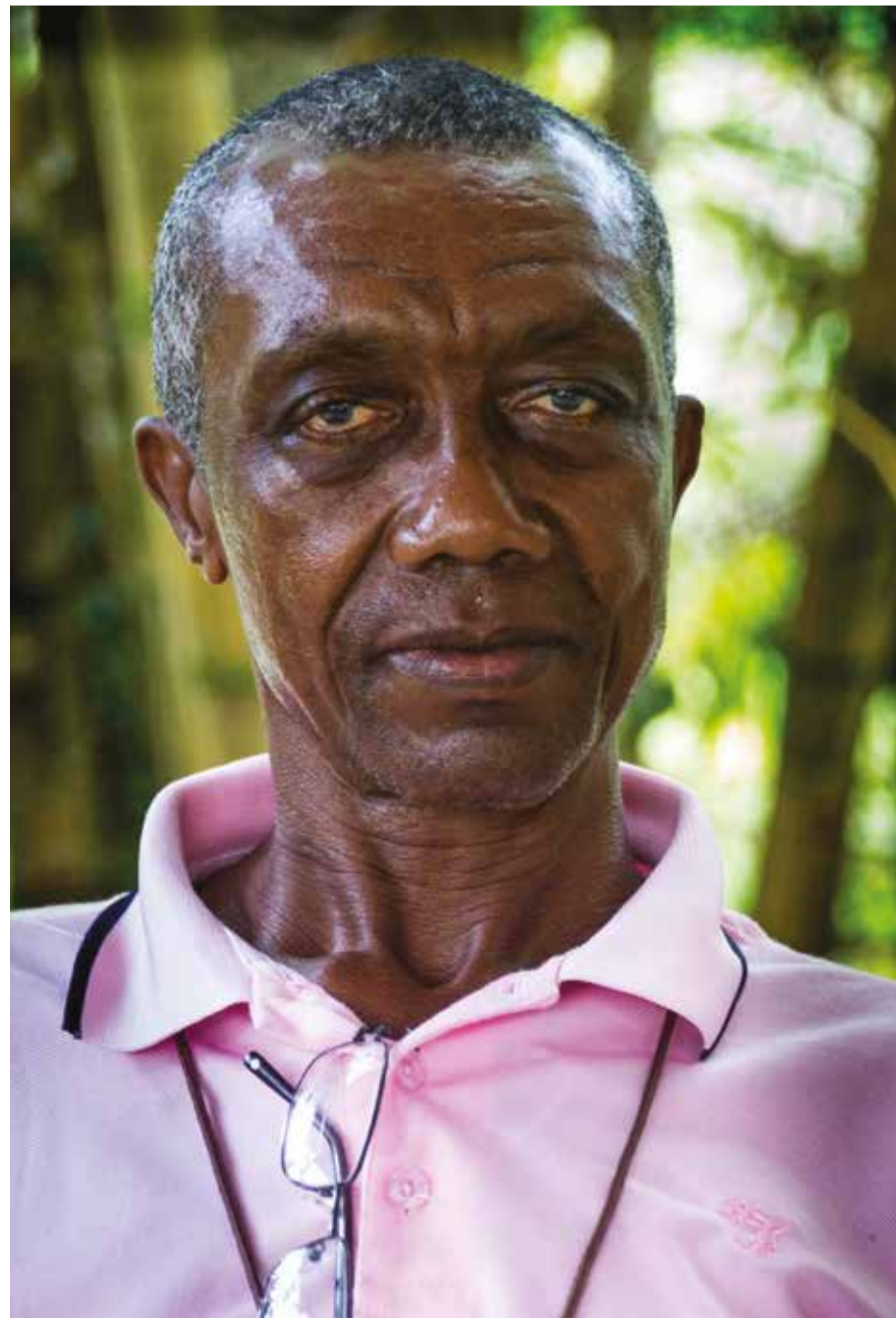
Un día cualquiera de marzo de 1993, el viejo José Brandino lo mandó a llamar para que lo asistiera en el nacimiento de su quinto hijo. Américo llegó apresurado y encontró al compadre en el patio recogiendo las plantas para preparar las infusiones. Entraron a la casa. Brandino acostó a su esposa en la cama. Fueron 45 minutos de masajes, gritos y explicaciones. El alumbramiento fue tranquilo, recuerda hoy Américo, veinticinco años y doce partos después.

De los doce partos que ha atendido en toda su vida hay uno que Américo Mosquera menciona con tristeza. Una primeriza, dice.

Fue el 18 de septiembre de 2004. Las contracciones indicaban que era la hora del parto y no había tiempo de coger la trocha hasta el hospital de Tadó. Américo dispuso todo: preparó las yerbas, organizó las sábanas, acostó a la parturienta en la cama y realizó los masajes para ayudar a bajar el bebé. Pasó más de una hora para que el partero lograra sostener al niño entre sus brazos; entonces, advirtió que no respiraba. Rápidamente hizo los ejercicios de reanimación. Nada que hacer. Había tomado líquido amniótico.

Esa misma mañana bautizaron al niño y Américo fue el padrino. Luego realizaron el gualí; cantaron y bailaron celebrando que un ángel había llegado al cielo.

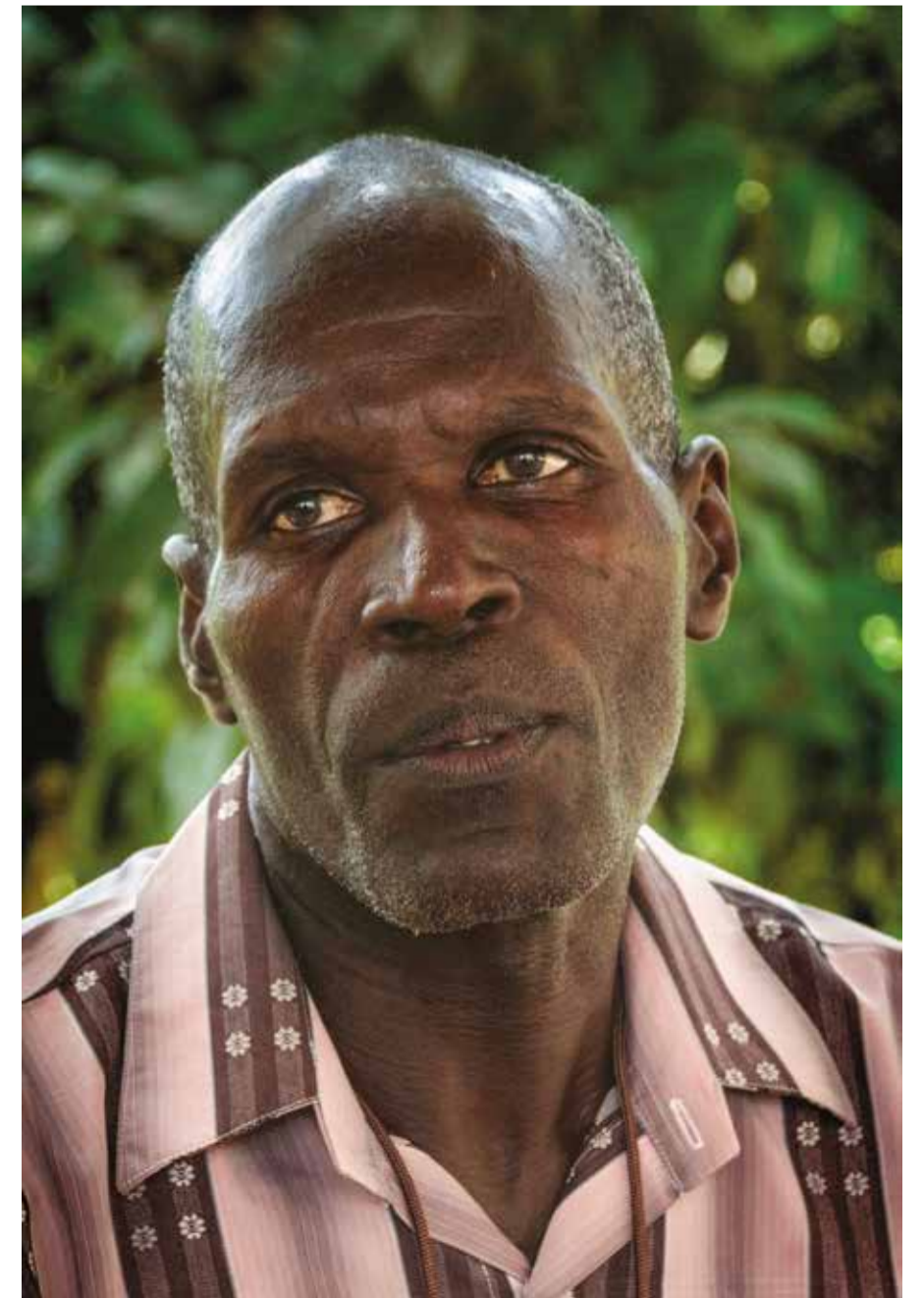
—Ese día sentí mucha tristeza. Perder un niño da mucha tristeza porque ellos son el futuro, cada niño que se muere es un vacío en el futuro —dice mientras camina de vuelta al salón donde continúan reunidos parteros y parteras—. Por eso es por lo que la minería es tan importante —vuelve a sonreír—, con eso le damos de comer al futuro. ☺



Alejandro Rentería.



José Galeano Sobricama.



Américo Mosquera.

Un peregrinaje, una clase de geografía olvidada, una expedición que no termina. Todo eso es esta crónica de una mujer y sus hijos que conocen de sobra las dos caras de las puertas que se abren y se cierran en Venezuela y Colombia. Puerto Carreño en el Vichada, Puerto Ayacucho en el Amazonas, cerros, ríos y el sueño de llegar al Chocó, la tierra de su primera huida.

Liz

textos ANAMARÍA BEDOYA
fotografías JUANITA ESCOBAR



Retrato

Llamamos por su nombre: ¡Liz! Una sílaba sucinta y seseante. Escuchamos pasos al otro lado de una lona verde que demarcaba la entrada de su casa. Era una noche ventosa. Juanita Escobar la había conocido tres años antes, en el Cerro de Bandera, Puerto Carreño.

“Ella estaba ahí, al filo del día, brillando con su voz y sus ojos como luciérnagas, imponiéndose en el paisaje, atrás de ella, el Orinoco extendido. Fue el primer retrato que hice en este río, desde hacía ocho años soñaba con conocer las aguas del Orinoco, las que dan el nombre al inmenso llano que yo ya habitaba, pero desde muy lejos, en el Casanare. En las fotos que tengo de ella

a la orilla de río, su mirada va hacia Venezuela, nosotras estamos paradas en el departamento del Vichada, en Colombia, y en el escudo de la bandera amarillo con verde está escrito: ‘Tierra de hombres para hombres sin tierra’. Ahí estábamos nosotras, izándonos, proclamando nuestra manera de pertenecer, nuestra voz”.

Liz no había nacido cuando sus padres abandonaron el Chocó. Vivían en un pueblito aislado de la selva pluvial, pobre y acosado por la violencia. No había trabajo ni sosiego, no había cómo. Huyeron lo más lejos posible. Peregrinaron hacia el suroriente del país por paisajes desconocidos, cruzaron los Andes, anduvieron por lo

llano, navegaron en el impetuoso Orinoco y llegaron a Puerto Ayacucho, en el estado de Amazonas, en Venezuela. Allí nació ella.

Huir fue una forma de libertad para el tropel de colombianos que se marcharon a finales del siglo pasado, era la posibilidad de reiniciar la vida, de encontrarle sentido a esa palabra. La búsqueda de un bienestar significaba darle la espalda a la casa, abandonar el burro, el perro, el platanal y la atarraya; decir adiós a los tíos, a los primos, a los abuelos.

De Colombia quedaba un papel con una lista de apellidos, algunas fotos y documentos de identificación personal. Los exiliados que migraron a Venezuela fueron miles,

pero ningún registro oficial alcanzó a contarlos. Desplazados por la indiferencia del Estado, empujados por el desempleo, acosados por la muerte, desarraigados de la exuberante tierra que se peleaban bandos enemigos, escupidos por el hambre encarnada en la figura del país que los echó al olvido.

Puentes, trochas, ríos se convirtieron en la obstinada promesa del reinicio. El hogar se llevaba en la vehemencia de la marcha, en la barriga que crecía. La guía en el camino fue el deseo de encontrar un pedazo de tierra donde levantar un rancho. Venezuela se convirtió en el remanso donde fue posible quedarse. Empezar de cero. Ser un desconocido. Ampararse bajo otras leyes. Comer pescados de otros ríos. Aprender nuevos mitos y leyendas. Moverse al compás de otros acentos.

Liz dice chama, cónchale, pana y, sin embargo, aunque a sus 32 años no ha ido ni una sola vez al Chocó, en su hablar hay un residuo del implosivo y vibrante dialecto del Pacífico. Está adherida a ese lugar a más de mil kilómetros de distancia. Quiere ir con sus dos niños.

Desea saber lo que se siente decir primo, tío, abuelo. Le gustaría vivir un aguacero en el lugar del mundo donde más llueve y bailar feroz y desenvuelta. Ha escuchado de esas parrandas que se arman en el mismísimo Chocó, donde, dicen, los baffes son más grandes que los niños. Imagina sus caderas moviéndose al ritmo de una chirimía, un currulao, un bullarengue. Le gusta reír duro, alzando los pómulos suaves y oscilando el cuerpo en regocijo; pero en sus ojos angulosos se vislumbra, rodeando el iris ébano, una indudable tristeza.

Hace tres años llegó a Puerto Carreño y empezó a recorrer las calles rojizas vendiendo productos para el pelo con la intención de convertir los pesos en fajos de bolívares para comprar comida y alimentar a sus hijos. Pero fue en el puerto donde finalmente encontró su ancla: un militar que parecía compartir sus gustos.

Lo suyo, sin embargo, no ha sido un retorno, ha sido el desexilio. El desexilio de los que empezaron a regresar porque en la nación hermana las cosas ya no eran como antes. Lo que consiguieron durante años se hizo pedazos que quedaron en el camino. El vestigio de otra huida. Huir del Estado venezolano, de la crisis fronteriza, de la depresión económica, de la represión política.

Liz vino con lo que tenía puesto, en cada mano un hijo.

Aquella noche sin estrellas, Juanita, que había aplazado durante meses ese momento, se presentaba ante ella sin cámara. Ese día no habría fotos.

“Era el día de escuchar lo que ella quisiera contar, de comprender los gestos y las miradas, de darle tono a las tardes del río, de darle hondura al por qué de sus lágrimas. La historia de Liz está llena de raíces que flotan, viajan buscando dónde agarrarse, encontrarse y seguir perteneciendo.

Un año después de nuestro primer encuentro fuimos a las playas del río Bitá, hicimos muchas fotos, entre esas las raíces de su pelo y las del árbol... ambos momentos complementaron su retrato, trayéndome más imágenes para comprenderla a ella, y a través de ella el territorio: el cuerpo del agua que se funde con el cuerpo de la mujer.

Liz nunca dejó de acompañarme. A lo largo de esta búsqueda, han ido apareciendo otros personajes, Lourdes, Gledys, Ariani, Samay, María, Lilibeth, todas ellas hilos de pensamientos e historias que me han ido envolviendo. Marcando el ritmo del tiempo necesario para estar, descubrir y contar sus memorias, han surgido muchas preguntas, las he lanzado al río esperando que los viajes y los encuentros traigan más y más respuestas; más y más preguntas, para



noirme nunca, para seguir habitando el vasto territorio del llano del Orinoco".

La silueta delgada de Liz apareció por encima de la lona verde. Vimos su sonrisa blanquísima, las piernas tersas, sus duros hombros redondos y brillantes, como dos barnizados pomos preciosos para sostener sus brazos atléticos de mujer enseñada a trastejar con lo que es suyo. La cascada lustrosa de trencitas caía a ambos lados, por encima del pecho. El abdomen duro, surcado de arrugas el ombligo, huella de dos partos. Los ojos lacrimosos.

Puso en el patio tres sillas plásticas, sin soltar el *smartphone*. Se sentó apoyando los codos en los muslos, como la líder que es cuando anima a sus compañeras de fútbol en la cancha. Miraba de soslayo, a través de la puerta abierta, a sus hijos, y al hijo de su marido, que veían televisión. Bajó el tono, recelosa. Las frases empezaron a fluctuar antes de olas espumosas que despertaran los recuerdos en su nido.

La madre que levantó a los hijos vendiendo empanadas en el Amazonas venezolano, el padre muerto antes de tiempo, los diplomados inútiles y desvaídos, los amores siempre idos, los *máwaris* (encantos del río) que quisieron llevarse a sus hijos, las promesas perdidas en el vocerío del puerto, las ofertas laborales como espejismos y la casa temporal para guarecerse de la incertidumbre, para cobijar un *collage* de familia y procurar que no se desbarate, para servir la comida sazónada con esmero; para orar en soledad y espantar los miedos al desarraigo, al abandono, al aborrecimiento...

En su relato estaba todo eso, y también risitas afelpadas, lagrimones retenidos bajo los párpados, una rodilla hinchada de patear balones, varios secretos en fila y la presencia de la manta rosa refulgente donde se acuesta a enseñar con el día que vaya, sin volver a cruzar el Orinoco, al Chocó.

Manta que una tarde encapotada de nubarrones grises, se convirtió en un vaporoso velo. Envuelta en él, sobre

las rocas ancladas al tiempo del río, recordó a los vuelos que vienen recorriendo la llanura, y a la espesura de la selva cuya voz viaja impregnando caminos circulares y pueblos escondidos.

Ante el temido río, que la ha llevado, traído y sobrecogido hasta el cuello con sus aguas frías, se infló de viento aquel fúlgido velo. Contempló la otra orilla, y en ese mirar largamente, se elevó, ingravida y sutilmente, sobre los encantos del río.

Voz

Yo con el Orinoco no quiero nada

Mi mamá no tuvo la oportunidad de sacarnos mucho a conocer, porque únicamente conocía allá Venezuela e Isla Margarita, no Caracas, ella nunca nos sacó por esas partes. Veía, esa señora se adaptó tanto que yo le he dicho que se venga para irnos para el Chocó y no, ella dice que no, que cónchale, que ella reconoce que es colombiana, pero que la vida en Colombia es muy dura porque aquí toca pagar arriendo, agua, luz, y que vea la situación de nosotros en Puerto Carreño que no se consigue trabajo. Ella me dice, a qué, hija, a qué nos vamos nosotros por allá, a pasar trabajos, si es que nosotros en Venezuela a veces no se consiguen las cosas, pero Dios proveerá. Como ella es cristiana, eso es lo que dice ella.

Yo tenía seis añitos cuando mi papá se enfermó, lo tenían hospitalizado aquí, nosotros duramos cuatro años viviendo en Carreño. En ese tiempo no querían atender a los colombianos. Entonces mi mamá se tuvo que venir con él para hospitalizarlo acá. Los colombianos se tenían que esconder, la policía los atacaba. Incluso, tenía yo como nueve años, cuando se querían llevar a mi papá y a un tío preso porque no tenían papeles.

Y menos mal que nosotros éramos bastantes, ocho hermanos y estábamos pequeños todos, y fue que le lloramos a los policías y no se los llevaron. Después, gracias a Dios, primeramente, y al presidente Chávez fue que les dieron

su nacionalidad venezolana... Cuando a mi papá le dieron de alta, nos devolvimos para Puerto Ayacucho.

Yo no tuve novio, a los diecisiete me conseguí mi pareja, y me metí con ese muchacho. Mi mamá nunca me llegó a aceptar un novio oficial. Entonces yo agarré y me fui con ese muchacho, quedé embarazada de mi hijo. Cuando mi hijo Marco, el mayor, ya tenía dos meses, nos separamos.

Al tiempo, cuando mi hijo ya tenía como cuatro años, fue que conocí a mi segunda pareja. De ese señor sí no puedo hablar, me fue de maravilla, me quiso a ese chino como nunca nadie lo ha querido, eso le brindó un amor... Nos separamos porque se volvió muy mujeriego, ya todo era para la calle, ya no daba para la casa. Yo decía: para vivir con una persona así, me quedo sola.

Ya yo estaba pasando muchos trabajos, a veces acostaba a mis chinos sin comer nada, a veces no tenía ni siquiera un kilo de harina para hacer una arepa, yo me la pasaba llorando, no hallaba qué hacer, no tenía trabajo, el papá del segundo niño no me ayudaba, entonces me salió la oportunidad de venirme para Carreño.

Yo vendía productos de Tupperware y así fue que me empecé a venir y así fue que conocí a mi pareja de hoy en día. Un día estaba en el puerto cuando conocí a Frank. Pero antes de eso, Dios me mandó un mensaje a través de una señora. Me tocó la puerta y me dijo que me tenía un mensaje de parte de Dios, que si yo estaba dispuesta a escucharlo.

Entonces la señora me dijo: Dios te mandó a decir que te ha visto llorando, que no llores más, que él te ha visto sufriendo, que a veces no tienes qué comer, pero que no llores más, que él te tiene un hombre preparado en tu camino. Es un señor blanco, que no es de aquí, que cuando ustedes se vean eso va a ser amor a primera vista.

Eso fue así, porque en el momento en que yo llegué a Puerto Carreño y nos vimos, eso fue una química muy brava. Nos intercambiamos números, los

mismos gustos que tenía él los tenía yo, yo tengo hijos varones, él tiene hijos varones y tienen casi la misma edad. Ahí nos fuimos conociendo, nos hicimos novios, yo iba y venía, hasta que un día, en el 2016, él me dijo que ya era hora que nos metiéramos a vivir. Y ahí viene Santa Teresita, ahí empezamos desde cero, a dormir en el suelo, prácticamente.

Cuando yo lo conocí, él tenía esto (la casa), pero esto no era casa, esto era horrible, él lo quería vender porque esto era muy feo, entonces yo vine, busqué al maestro de obra, para que no tuviera que pagar ayudante yo me ofrecí, el caso es que un día llegó a la casa y yo ya tenía todo empacado: nos vamos, le dije. Que para dónde, decía él. Para la casa. Que no, que eso no está terminado. Y yo: no importa. Y vea, poco a poco le hemos ido metiendo y ya mire cómo llevamos esto, pero el hombre se puso muy egoísta y mandó a poner todo esto a nombre de la hermana.

Yo sé que mis hijos no son de él, pero cuando yo lo conocí yo nunca se los negué, él me habló de sus hijos, y a mí me da tristeza porque él no comparte con los míos. Yo sé que no son sus hijos, pero él ya los tiene que ver como si fueran suyos porque ya nosotros estamos conviviendo. Y si él me quiere a mí tiene que querer a mis hijos, porque si no los quiere entonces no me quiere a mí.

He estado hablando con mi hijo mayor, y le dije: ¿A ti te gustaría que yo te mandara para Venezuela? ¿Qué sentirías? ¿Tú te pondrías bravo conmigo? Y me dijo: Mamá, no. Y después me dijo: Mamá, sí, porque quiere decir que tú vas a preferir más a un hombre que a mí que soy tu hijo. Y eso es lo otro que no me gusta de ti: cómo tú te dejas humillar de él. Y yo: Hijo, yo hago eso, yo aguanté maltrato, humillación, por ustedes, porque aquí aguantamos maltrato, pero tenemos un techo, un plato de comida, ¿qué hacemos nosotros si salimos de aquí? ¿Para dónde nos vamos a ir?

Hoy entré a *messenger* y le escribí a Duque (el presidente), le estoy pidiendo ayuda, trabajo o una casa. Le estoy

pidiendo mucho a Dios, si me sale esa casa sería la mujer más feliz... Yo hace rato ya me hubiera abierto de aquí. Es que yo no me salgo de aquí porque no tengo a dónde ir, como voy a llevar mis hijos para Venezuela si los saqué de allá para que tuvieran una mejor educación, un mejor futuro. ¿Qué hay en Venezuela? Desgracias, muertes, niños muriéndose de hambre, inseguridad.

Yo le mandé este mensaje: Buenas noches, mi querido presidente. Lo saludo desde Puerto Carreño, Vichada, espero verlo pronto por acá. Mi Dios lo bendiga a usted y a su familia. Me respondió: "Muchas gracias por escribirnos, Liz, es un gusto saludarte, valoramos mucho cada una de tus palabras. Nos alegra saber que contamos con tu apoyo. Mensajes como el tuyo nos motivan a seguir dando lo mejor de nosotros para construir el país que todos soñamos. Amamos a Colombia y por eso trabajaremos incansablemente para hacer realidad cada compromiso que hemos hecho con los colombianos. Un fuerte abrazo". Entonces yo le escribí otras cosas esta mañana, vamos a ver si me responde más tarde. Me gradué de Licenciada en Educación Inicial, pero como todo lo estudiamos en Ayacucho... aquí quería meter mis papeles para trabajar, pero me dijeron que no me los valían por ser de Venezuela. Que tenía que mandarlos a notariar, no sé qué poco de requisitos, y eso es plata, entonces lo dejé ahí.

Aquí está muy duro el trabajo, la gente se está yendo para Villada, para Bogotá, para Medellín, para otras partes... Mire yo he metido hojas de vida por donde quiera. Eso está muy duro, esa gente a veces no consigue efectivo, no consiguen el arroz ni la harina ni el aceite.

Mi sueño es ir al Chocó, y siempre le he dicho a mi esposo: cónchale, que yo quiero tener esa dicha de pisar el Chocó. De poder decir esa palabra de tío o primo, porque nosotros únicamente conocemos papás y hermanos. Mi segundo sueño, si Venezuela se compone, ni lo pensaría dos veces para regresar. Pero si sigue como está, yo por allá no regreso. Y mi sueño aquí es conseguir algo: una casa, un trabajo, que yo pueda tener para darle a mis hijos, para sus estudios, para su futuro, para que el día de mañana no estén pasando ninguna necesidad. Que mis hijos no le estén mendigando un pan a nadie, sino que yo se los dé.

Mi sueño, era conocer a mi abuela, ese era mi mayor sueño, pero ya mi abuela murió, ni en fotos conocimos a mi abuela. Eso debe ser una alegría muy grande ir al Chocó, imagínese la música, la alegría. Yo bailo de todo, menos joropo. El joropo no me gusta, eso no es música que me trasnoche. Eso es como que uno estuviera matando hormigas, no me gusta.

Yo a ese Orinoco le tengo mucho miedo, desde la última vez que mi hijo casi se me ahoga ahí quedé curada. Casi pierdo a mi hijito en el Orinoco. Dicen que en ese río hay muchos encantos, y hay gente que no cree en eso y es verdad: hay encantos.

Él tenía cinco años, y una hermana mía le preguntaba que qué había pasado. Y él le decía: No, tía, una mujer en el agua me decía: ven, ven, ven. Y ese niño pasó toda la noche llorando, le dio fiebre, se paraba asustado. Y lo llevé con una señora, y ella me dijo que sí, que era un encanto que se lo estaba llevando.

Yo quería ir al Inírida, pero me dicen que hay que pasar un tal Chorro de la muerte, y noooo. No, prefiero ir para el Chocó. En Quibdó. Imagínate esas fiestas, esos bailes, ay, no, yo tengo que ir allá. Yo creo que por allá me quedo [risas]. Si me gusta me quedo. Yo tengo que ir al Chocó. Tengo que llevar a mis hijos para que ellos conozcan, porque ellos me dicen: Mamá, ¿cuándo vamos a montar en un avión?

¿Qué tal que me guste y me quedé por allá? Me consigo un chochoano [risas]. Pero que no sea negro. Negro con negro no pega. Imagínate, se va la luz y ninguno de los dos nos vemos [risas]. Negro no, no me gustan los negros, para vivir no. Para eso Dios hizo a los blancos, los morenos... No, yo negra con otro negro, no. Dios mío, no me vayas a castigar. Yo quiero un blanco. ©



Orinoco, frontera de agua
Juanita Escobar y Cachi Ortégón
Editorial Kwy
2018

FORO
**PENSAR
LA
CRÓNICA
ROJA**

HOMICIDIO Y CRIMEN ORGANIZADO

El abril que terminó fue el mes más violento en los últimos cinco años en Medellín.

Algunas pistas para entender las calenturas.

Ve todas las charlas del foro en www.universocentro.com

UNIVERSIDAD
EAFIT

Vigilada Mineducación

bpp
BIBLIOTECA
PÚBLICA
PELOTO

UC
universo
centro

CICLISMO DE SOPA Y SECO

por LUIS FERNANDO GONZÁLEZ

Fotografías: Archivos Jairo Mejía y Jairo Gallego

No era el mejor equipo de ciclismo pero estaba integrado por los más valientes. ¿O cómo se le puede decir a un grupo de muchachos embutidos en camisetas de lana virgen, a más de treinta grados de temperatura, pedaleando a orillas del río Cauca, a pleno mediodía, listos para empezar a subir en sus pesadas bicicletas desde el puerto de La Felisa hasta el alto de Piononos?

Su fuerte no era la pretemporada ni los exigentes rituales de la preparación. Salían a montar cada uno por su lado. Algunas veces se acompañaban. Bajaban, subían, planeaban; hacían kilómetros para endurecer las piernas. Pura intuición y entusiasmo. Pedalear y sufrir era la máxima del equipo.

Era el ciclismo primitivo de un pueblo que se aficionó desde que en enero de 1952 pasó la segunda Vuelta a Colombia en bicicleta. Primero la etapa Riosucio-Medellín, y a los dos días, el regreso de Medellín a Riosucio que inauguraba la famosa "etapa de la muerte": por una carretera infame de barro y piedras, después de subir el alto de Minas, bajar a La Pintada para subir por la vía de Tamesis-Valparaíso-Caramanta, bajando luego de Hojas Anchas a Supia, entraban al pueblo como una exhalación suicida por la antigua Calle Real, giraban bruscamente a la derecha, ahí en la esquina de la tienda de Papá Álvaro, dejando como recuerdo el silbido de las bicicletas al pasar y los rostros enmascarados de polvo o barro, según el estado de la carretera, para seguir raudos hacia la plaza de mercado y comenzar de nuevo a trepar al alto del Gallo, seguir a Quiebralomo, y por fin entrar a la meta en Riosucio, que se coronaba con un repecho digno de las mejores fotografías. Desde entonces, cada año, buena parte del pueblo se apostaba en esas cuevas para ayudar a los que subían con dificultades, rezagados y zigzagueantes, sudorosos y con las piernas temblando por el esfuerzo final luego de horas de pedaleo en esa infernal carretera.

Fueron años de ver pasar las carreras y escucharlas por la radio. Pero también de ser la meta de una etapa en un pueblo sin hoteles suficientes. Entonces las casas de familia hospedaban y se repartían a ciclistas, mecánicos, acompañantes, periodistas y todo ese circo que seguía la vuelta. No faltaron el honor

mancillado, los noviazgos y hasta los matrimonios puestos en duda a causa de esas jornadas que cambiaban el ritmo del pueblo. Los trasmóviles parados en la meta, con los locutores narrando fugas y persecuciones inventadas, hasta que llegaban los ciclistas a la meta y lograban verlos un poco más cerca de la imaginación; el alarido de sus voces se combinaba con el estruendo de las chicharras que se agitaban en los árboles de mango del parque, pues bajo su benigna sombra se ponía la línea de llegada.

Ese mundo contagió por años de fiebre ciclista al pueblo. Durante décadas los vieron pasar hasta que quisieron tener ser protagonistas. Y pusieron su entusiasmo al servicio del naciente ciclismo local. Le echaron mano a don Joel, el señor que alquilaba bicicletas, pues era lógico suponer que supiera de ellas, pese a que por la edad el físico no le diera y hubiera sufrido las pálidas; a Crisóstomo, el panadero; Tití, luego convertido en músico popular; los hermanos Rojas; Gersaín Ramírez, una verdadera locomotora, y en fin, a todo el que montara por obligación y afición lo contagiaron con la fiebre de las competencias que cada ocho días organizaba el recién creado Comité Local de Ciclismo. Primero un circuito en el pueblo, después la Doble a La Felisa y cada vez se cogían más confianza e iban un poco más lejos, en las famosas dobles, las hazañas de ida y regreso: a Moná, a Arenales, hasta el río Arquía en los límites con Antioquia, casi en el confin del mundo imaginado.

Mi padre no se podía quedar atrás. Ciclista apasionado y seguidor de las vueltas a Colombia quería tener su propio equipo. Nos eligió a mi hermano mayor y a mí como jefes de filas. Salíamos en recorridos cortos, el plan de la vega, después una bajada hasta el sitio de Palmasola y el giro para regresar. Siempre llegué de último. Me di cuenta de que no servía para sufrir. Apenas seguía la rueda en el plan, bajaba temeroso y en la subida, apenas se inclinaba la carretera, ya me quería bajar. Ponía pie a tierra, caminaba, luego me montaba unos metros, y volvía a repetir el ciclo, hasta que por fin llegaba al alto, donde me

estaban esperando. Me negué a ser ciclista, entonces, por obligación y afición, me integraron como acompañante y alimentador.

Al primer integrante, mi hermano mayor, se le sumaron tres nuevos ciclistas: Luis Eduardo 'Dinoplino' Giraldo, Aguirre –un panadero– y Jairo Gallego; así formó mi padre su equipo, entre corajudos y talentosos, entre porfiados y buena vida, como Gallego, un verdadero ciclista rompecorazones. La plata no rondaba pero a la escasez se le sumó creatividad. Mi madre tenía una tejedora manual marca Brother, en la que hacía por encargo buzos, bufandas y todos los productos tejidos de hilo y lana; así que tejió los uniformes del equipo de El Tambo, el nombre del negocio de mi padre, con los colores de la bandera del pueblo: amarillo y verde.

Del propio bolsillo del patrocinador, salía el pago del carro acompañante. Un jeep Willis, de los mismos que llevaban los campesinos de las veredas al mercado dominical y los regresaban ebrios con sus mercados y sin un peso en el bolsillo. El sábado de competencia lo acondicionábamos para el recorrido: llantas de repuesto, caramañolas, agua en galones, bocadillos... y un fogón de petróleo.

Colgados en la parte posterior del jeep, seguíamos el grupo de ciclistas; un pelotón no muy numeroso. El tramo de ida era la parte fácil y divertida pese a la velocidad y las curvas. El viento en la cara y la temperatura amable. Luego del falso plan y la zona de columpios. Al regreso, la temperatura comenzaba a apretar. Los ciclistas sudaban y los menos fuertes perdían la rueda, igual que los más veteranos, entre ellos don Joel que porfiaba con entereza y pundonor para no dejar de ganar por los más jóvenes. Era orgulloso y testarudo, pero los años irremediablemente cobraban factura.

Comenzaba la subida. A medida que se empujaba la carretera el reguero de ciclistas era mayor. No había forma de atenderlos a todos, un solo carro acompañante para todo el equipo lo hacía imposible. Entonces íbamos de atrás hacia adelante. El asfalto parecía derretirse. Las camisetas de lana verde amarilla eran verdaderas hornillas. El agua acumulada en los galones les caía generosa en la cabeza e iba rodando por sus cuerpos. Pero las camisetas atrapaban el agua, la retenían y se iban colgando. Más que aliviar el calor y refrescarlos, se volvían un ancla.

Las caras de sufrimiento eran el indicativo para que el director, es decir, mi padre, ordenara prender el fogón de petróleo al interior del jeep. Había que calentar el caldo de pescado. Parecía ser la fórmula secreta. Salía caliente y humeante. Luego de las maromas en la parte interior en la elaboración, se pasaba a las maniobras en el exterior, pues colgados debíamos pasar el caldo a los ciclistas sin regarlo y sin quemarlos, mientras ellos, con ojos suplicantes, nos pedían que no lo hiciéramos. Mi padre furioso, ordenaba entregar aquel exótico y peligroso energizante. Algo tomaban y mucho se regaba. Tal vez por eso no ganamos ninguna carrera.

Así, la meta ubicada en el parque del pueblo, al lado de la iglesia, siempre fue un objetivo lejano. Atrás, comiendo el polvo tirado por los carros que indefectiblemente nos adelantaban. Lo nuestro fue una nebulosa entre las náuseas y el sofoco. Más que ganar era aguantar. De honor era llegar jadeantes, con los raspones, el dolor muscular y un cansancio infinito como las medallas más preciadas. Nunca se dijo que la verdeamarela de El Tambo faltó en la raya de sentencia. ¡Eso jamás!©



parque
explora

Ser mariquita es pertenecer al grupo más abundante que hay sobre la Tierra: el de los escarabajos o coleópteros. Aunque no las veas, hay millones. Y se reproducen como pocos.



Los más bellos insultos MARIQUITA

Una mariquita puede tener un millón de crías en su vida. Estos ejércitos, rojos casi siempre, reclaman su dignidad de mayorías y ejercen un control biológico de plagas rotundo. En su lucha heroica por comer, también son comidas por pájaros, libélulas y arañas, entre otros depredadores de estas diminutas joyas voladoras, primas de las luciérnagas y que hacen parte de la poderosa familia de los *Coccinellidae*, con unas 5000 especies. Las mariquitas también han reba-

sado límites y conquistado otros espacios, literalmente. En 1999 viajaron en la misión STS-93 del transbordador espacial Columbia, primera misión comandada por una mujer, la astronauta Eileen Collins. Así que las mariquitas tienen recorrido. Siempre en vuelo y trajeadas de pepas negras, nadie les niega que con sus fulgores colorean el bosque de lo corriente. ¿A quién vas a intentar insultar diciéndole mariquita? Es un piropo. Y tal vez no lo merece.



Nelly Mercedes Oliva
La realidad y su sombra
Reflejarse-Corroerse
Fotografía
2012



Nelly Mercedes Oliva
Amalgama
Fotografía
2016

Vidas de poeta

Ja, ja, Jattin

En el almuerzo, Ed Vélez cuenta que conoció al poeta Raúl Gómez Jattin en Cartagena. No como el sátrapa en harapos que vagabundaba por los callejones de Getsemaní sino como el genio lúcido, recién bañado, al que una benefactora acogía en su mansión colonial de la ciudad vieja, con todas las prebendas de un ser tocado por la gracia de los dioses.

Jattin desataba la lengua para monologar con ese acento sinuano, como un Orfeo que encantaba a las fieras. De su perfil árabe, con mostacho agreste, brotaban anécdotas como la de esa vez que pintó unos muñecos gigantes en una sala, por cortesía con una comadre de Cereté que le había calmado el hambre. Ella le siguió la corriente, aunque media hora después de que él se alejara con las manos manchadas, la misma mujer, aterrada de ver los mamarrachos, gritó a sus hijos: “¡Senel, Velardo, vengan rápido a limpiarme la pared del comedor, que ese loco del Raúl me la rayó”.

Por esos días felices, Jattin contaba a sus contertulios que gozaba de un lecho limpio, con una nevera sibarita y una ventana para mirar las puestas de sol sobre los tejados de

La Heroica. El poeta citaba a Cavafis, a Quevedo y a su abuela. Era una caja de música este Raúl. Y, a pesar de que exponía una vida tranquila, sucedió lo peor. Su benefactora organizó una recepción con otros artistas, un comisario del arte y varios magnates de la industria local. Raúl iba a ser el centro de la atención, leería poemas, salpicaría la tertulia con historias salaces, pero de buen recibo en un ágape caribeño.

Mientras servían los postres, Jattin se sacó el pene y empezó a rociar uno por uno a cada invitado, como si recreara la escena de *El regador regado*, de Lumière.

Damas indignadas saltaron a bañarse, otras salieron asqueadas dando portazos, amén de los madrazos e injurias. En breve, la sala quedó desolada.

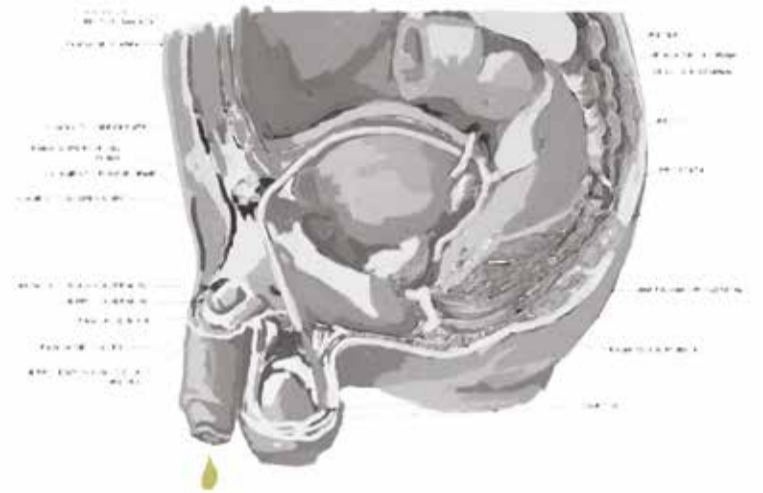
La señora del buen amparo, la que le daba albergue, debió arder de furia. Tal vez sollozaba, mientras miraba al genio ebrio, desencajado: un Mr. Hyde baboseante.

“¡Vete!”, fue lo único que atinó a decirle al vate, “no te quiero volver a ver más por aquí”.

Raúl ni pidió excusas. Salió a la calle otra vez, ese lugar hostil, pero entrañable para él, en busca de otros desencuentros.

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustraciones: Señor OK



Variaciones alrededor de nada

Contaba Boris de Greiff que a su padre, León, le gustaba ir de copas con él a los cafés del centro de Bogotá como El Automático o el Windsor. Aún en los años setenta el maestro ya era una figura mítica de la bohemia bogotana. No se había ganado esta aura de modo gratuito. León, antes empleado gris, estadígrafo para más señas, atraía no solo por su atuendo pintoresco, el tabardo astroso, la barba taheña y sus juegos de palabras, sino porque a su edad era un viejito provocador. No que se fajara en riñas de puñal como Villon o Marlowe, pero sí que declarara en frases detonantes su admiración por el Che Guevara, por Marcial Lafuente o por el aguardiente. En los mentideros capitalinos corrió el rumor de que habían allanado su casa del barrio Santa Fe, en busca de la espada de Bolívar que un comando del M-19 había

hurtado, pero lo único que encontraron fue el arrume endiablado de miles de volúmenes, cucharillas untadas de arequipe, un cenicero con un buda tallado, varios juegos de ajedrez y montones de papeles con una letra tan enmarañada que bien podría tratarse de la escritura cifrada de un espía.

El 9 de abril, en medio de la batahola goyesca que arrasó las calles, un amigo ruso había sido detenido bajo la sospecha de participar en la revuelta.

De Greiff fue a hablar por con el ministro Darío Echandía, le aseguró que se trataba de un ruso varado en el trópico, que entretenía sus horas jugando ajedrez y enseñando gimnasia.

—Está bien —le respondió Darío (él mismo de “¿el poder para qué?”)—, queda libre su amigo, ¿pero por usted quién responde, maestro?

Para olvidar de memoria

Alberto Vélez, juez promiscuo y poeta austero, iba camino de un recital, en el Festival de Poesía de Medellín, cuando se encontró con otro poeta, Líderman Vásquez. El primero quería leer uno de sus textos amados, pero no encontró el libro donde lo había publicado, ni vestigio de este en ninguna parte.

—¿Tienes papel? —le preguntó Líderman.

—Creo que sí.

—Entonces copia, que yo me lo sé.

Y Líderman le empezó a dictar, verso a verso, el largo poema incluido en el libro *Para olvidar de memoria*, texto premiado y olvidado desde 1987. Digo olvidado, pero Líderman podría integrar la secta de los que se aprenden libros enteros, para conservarlos, por si acaso un tirano los manda quemar, como ocurre en la novela *Fahrenheit 451*.

Otro lírico que pasaba por allí, por azar, como sucede en las vidas de poeta, les preguntó qué hacían.

—Es que voy que leer mis poemas en el festival, pero no encontré el que quería y como Líderman se lo sabe, me lo está dictando.

—¿A ti que eres el autor? —le preguntó intréduco.

Como si asistiera a una impostura surrealista, al estilo Alfred Jarry, el lírico se alejó furioso, mientras les gritaba al copista y al memorioso.

—¡Ustedes están locos!

Fue tal vez en esa versión del evento, cuando invitaron a Nicanor Parra a venir a Medellín.

El maestro chileno se deshizo en gratitudes, pero al final sorprendió a los que lo convidaban con una coda.

—Solo tengo una exigencia —les dijo.

—¿Cuál sería, maestro?

—Voy a Medellín, pero si me invitan solo a mí.

Esto dijo el autor de *Hojas de Parra*, que por algo era antipoeta, y no se las daba de serio ni trascendente, como tantos rapsodas al uso.



Ceniza y silencio

Hay poetas afectos a la estridencia, otros que tocan guitarra, como Lorca, o bailan tango, como Mario Rivero. Pero hay quienes prefieren catar silencio. A veces, aunque reciban un soplo de la musa, no escriben nada que no sea más digno que el silencio. José Manuel Arango se inclinaba por este gremio.

Pedía un tinto, se sentaba en la mesa con su contertulio y no decía ni mu; un privilegio que solo se da entre gente muy amiga. Luego se levantaba. “Hablamos”, decía, y se largaba a dar su clase de lógica.

Un devoto del silencio como él no habría ido a sitio distinto que Tunja para estudiar filología, con una beca, en la Universidad Pedagógica. Allí lo buscó su musa, que trabajaba como secretaria del departamento jurídico.

A Clara la invitaron a una fiesta en el cuartel de la policía, con la condición de que debía llevar pareja. Como ella no tenía, se fue a esperar al paisa al segundo piso, donde tinteaban los profesores.

Cuando le pidió que lo acompañara, Arango apenas musitó.

—Vea, señorita, a mí no me gusta bailar.

—No le hace.

—Entonces la acompaño.

De ese modo, sin más palabras, se inició un interludio que acabaría en matrimonio.

El mudo, como lo llamaban sus más cercanos adeptos, viajó a West Virginia a estudiar un posgrado. Allí conoció a unos poetas bullosos a los que llamaban los *beatniks*. Como es de suponer, al poeta no le sonaron tanto como los de otra corriente, más discreta e intimista: los imaginistas.

De regreso a Medellín, se puso a escribir versos cortos y reveladores, como esos que dicen:

De qué manera silenciosa trabaja.
Sin dejarse oír,
como si fuera
lo mismo que una bailarina
en puntas de pies.
Sin dejarse ver,
como si no fuera.

Ella,
la que poco a poco lo ensordece,
la que imperceptiblemente lo ciega,
la que, delicadamente,
le tuerce los huesos.

A la salida de Versalles, en la calle Junín, observaba las largas conversas de los sordos. Y aunque no podía entablar silencios con ellos, estudió su lenguaje y escribió un ensayo que un amigo editor, Guillermo Baena, quiso publicar. El maestro no se prestó para eso: ¿qué mejor sitio para poner un estudio sobre el lenguaje de los sordos que el silencio de lo inédito?

Cuentan los que lo frecuentaban que el poeta incurría en aguardientes y que nunca escapó de sus amoríos con la nicotina. Cuando se entonaba, salía con audacias propias de los tímidos.

En una reunión, alguien vio que la mitad de su cigarrillo estaba a punto de caer, vuelto ya ceniza (*Ash to ash*, dice T. S. Eliot en otro poema).

—José Manuel, ¿le paso el cenicero?

El mudo cayó en cuenta, pero no hizo más que dar un golpecito a su Pielroja.

—La sala está bien —dijo. Y la ceniza cayó al suelo con rima disonante. ☹



Qué mala pata

Después de publicar sus *Sinfonías para máquina de escribir*, el rapsoda Darío Lemos era una celebridad. Tal vez porque celebraba con guaro cada ditirambo callejero que cruzara frente a La Arteria, un bar desangelado de la avenida La Playa, muy frecuentado por los bardos de los ochenta (bar viene de bardo). Lemos oficiaba allí como vieja gloria de las letras. Se le veía mesándose la barba rjiosa. Y no tenía que rogar a nadie para que empujara su silla de ruedas, pues siempre había un súbdito dichoso de servir al maestro, a cambio de nada.

Pero la tarde en que esto sucedió, no había ningún seguidor de la secta al lado de Lemos. Carlos Restrepo, librero andariego, lo vio desgonzado en una mesa, en un estado de abandono digno de un santón de Nueva Delhi. Ni siquiera tenía la silla de ruedas, pues nadie de los habituales que lo acompañaban en las farras se acordó de sacarla de la cajuela de un taxi. Era su versión oficial, pero otros sabían que cada vez que le regalaban una, la volvía a vender por cualquier cosa.

Así que Restrepo se lo llevó a vivir a Bello, en una casa grande, donde había pieza de huéspedes. El poeta, enfermo y alucinado, llevaba su pata infecta cubierta con un calcetín. No podía caminar, se arrastraba por el

suelo hasta una ventana donde unos muchachos curiosos se ofrecían a comprarle marihuana y a darle palique hasta tarde, cuando el librero regresaba a casa, fatigado de ofrecer sus viejas ediciones españolas de papel de arroz.

Al parecer, el poeta andaba bastante embromado con sus males, pero le gustaba echarse en el lecho que le ofrecieron, pues este parecía flotar en las cuatro llantas de automóvil que le servían de soporte, y que resultaba magnífico para meditar en los fragmentos que Darío, antes dandi, *gigolo*, y ahora paría de la poesía, escribía con bolígrafo en papilitos, como Marcel Proust.

El hijo pequeño de Carlos, que nunca había visto a nadie que se desplazara de ese modo, se acercó a preguntarle.

—Señor, ¿a usted qué le pasó en el pie?

—Me pisó una gallina gigante.

Unos meses más tarde, Darío moriría en otra pieza de huéspedes, donde otro amigo de Santa Elena lo había albergado.

Pero el hijo de Carlos jamás se olvidó de esa imagen. Ya hecho un joven, aunque no poeta, aún le preguntaba al librero:

—Papá, ¿quibus de su amigo?

—¿Cuál amigo?

—¡Ese, al que pisó la gallina gigante!

PARA TU TIENDA O TU CASA
SELECCIONADO Y TOSTADO POR EXPERTOS. SIEMPRE
PAGAMOS UN PRECIO JUSTO AL CAFICULTOR
INFO Y PEDIDOS: 3016097402 (VENTAS)
3166681182 (ASESORIAS) -
MAXICAFEMEDSELLIN@GMAIL.COM

La felicidad
..ES UN BUEN
CAFÉ

Transformamos granos de café en gotas de felicidad

itaca
Somos itinerantes,
llegamos a tu casa.

Gastronomía personalizada,
embutidos artesanales.

(+57) 320 790 89 77
@restaurante.itaca
Carrera 42 # 54-49

Álbum de Tinder



por DANIEL BRAVO ANDRADE

Ilustración: Tobías Arboleda

Nos embriagamos hoy con el medio digital, sin que podamos valorar por completo las consecuencias de esta embriaguez
Byung-Chul Han

Tengo las mujeres en la punta de los dedos. Melisa, veintiséis. Estudiante de la Universidad de Antioquia. No hay más información de biografía. Cuatro fotos, todas desde el mismo ángulo y con filtros. Hombros descubiertos, vestido de flores blancas y dientes de quien nunca ha fumado. Me gusta. Sandra, veintitrés. Corporación Universitaria Minuto de Dios. A dos kilómetros de distancia. Una sola foto. No me gusta. Kelly, veinticuatro. Ingeniera de alimentos, su canción preferida es de Los Petit Fellas. Cuatro fotos, en ninguna sonrío. No me gusta. Laura, veinticuatro. Ocho fotos, cinco de ellas frente a un espejo. En una tiene *short* rosado *barbie* y está de rodillas sobre una cama. El celular con el que toma la foto le cubre la cara a medias. Escalo por sus piernas bronceadas hasta llegar a los *shorts* que, recogidos, muestran el inicio de la curvatura de su culo. Dudo que Laura tenga veinticuatro. No me gusta. Isabel no, Alejandra no, Andrea no, Belén no, Elena no, Gabriela no, Valeria no, Sofía no, Viviana no, Laura no, Catalina Me gusta. Mucho.

Antes de Catalina salgo con Nadia, una argentina de veintitantos. Hace años vive en la ciudad, aunque conserva un acento cantado que le sale bien con el insufrible orgullo porteño. Alienta a River y al Verde, como si a un humano le hicieran falta contradicciones. Nos encontramos en un parque y buscamos un bar oscuro; la penumbra oculta las imperfecciones del cuerpo; la primera cita, las del carácter.

La conocí en Tinder. Es de humor rápido y buena conversadora, pero sus fotos eran todas borrosas, desde lejos, parecía más fácil adivinar las facciones de Pie Grande. Después de unos días hablando por la aplicación damos “el salto” a WhatsApp y le pido una foto, como si eso

asegurara que no me va a hacer el paquete chileno-argentino. Nos enviamos wasaps durante una semana. Ahora estamos acá, pidiendo la primera. Algo diferente habrán ocultado sus fotos pixeladas, porque su cara, y toda ella, resulta gustarme mucho.

A través del chat de Tinder no se pueden enviar fotos, probablemente para evitar una descarga de penes-no-solicitados. Antes de pasar a los órganos, hagamos un *tour* por el punto de partida, la aplicación. Imagínese que estoy sentado frente a una mesa sobre la que hay una baraja. Este grupo de cartas ha sido preseleccionado por Tinder según mis intereses personales: mujeres entre tantos y tantos años, a equis kilómetros de distancia. Cada carta contiene un perfil: nombre, edad, foto y la distancia geográfica a la que se encuentra quien a su vez está interesado en personas como yo (hombres, veinticinco años, etc.).

Comienzo a pasar las cartas. Inmediatamente después de leer cada perfil tengo que elegir si esa persona “Me gusta”, o no. También hay un “Súper me gusta”, disponible una vez al día, que le alerta a la otra persona de eso, de la presencia un poco alarmante de un “Súper me gusta”. Si alguien que “Me gusta” —a su vez sentada en su propia mesa con su baraja— se encuentra con mi carta y elige que le gusta, la aplicación nos avisa a los dos que somos un *match* (un igual, un partido, una cosa que hace juego) y habilita un chat entre nosotros. Lo que ocurra o deje de ocurrir después está más allá de sus “términos y condiciones”.

Como si una serie de coincidencias fueran suficientes para entrar en confianza, 45 minutos después de la primera cerveza estamos besándonos y pidiendo la segunda ronda. Nadia tiene *piercings* en lugares divertidos y el pelo rubio, largo hasta alcanzar otro lugar divertido. Sin embargo, a pesar de esta historia de amor sin precedentes, Nadia no fue mi novia, ni mi pareja ni mi amiga con derechos ni mi amiga a secas. Después de unos meses de encuentros esporádicos se enfamó; dejó de contestar su celular. O me bloqueó, ambos destinos igual de crueles por lo inciertos. De ella conservo las formas modernas de la nostalgia: conversaciones de WhatsApp, algunas fotos y una nota de voz donde escucho mi nombre con el acento. A lo sumo puedo decir que fuimos *matches*, aunque en Tinder descubrí que borró su cuenta o me canceló como *match*. Ni siquiera me queda la certidumbre de la conquista.

¿La tenacidad es un sinónimo de estupidez o de valentía? También fueron *matches* María,

María Isabel, Laura, Aura, Elena, Yana, Alana, Susana, Tatiana, Roxan(a), Mariana con una ene, Marianna con doble ene, Juanita, Nathalia, Lizeth, Midori, Mila, Nele, Lynn, Mon, Zoe, Yhoce, Amalie, Christa, Jemym, Kitty, Cat, Kathe y un par más que como Nadia borraron su perfil algún tiempo después de que se decretara nuestro juego, o incluso inmediatamente después de que hicieramos *match*. Con la mitad no pasó nada, con muchas no salí y algunas ni respondieron. Más que inflar algún ego torpe de machito, la secuencia habla del carácter de *brochure* de Tinder, su potencial de ser tan impertinente como un catálogo de cortinas. Sin embargo, no se dejen engañar: la experiencia de un cronista es subjetiva. Conozco otras historias, humanos fantásticos para los que cada *match* termina en una o más personas quitándose con afán los zapatos.

La preocupación por las fotos de Nadia nació con Carolina, otra de las que eliminó su perfil después de que hicieramos *match*. El procedimiento para conocerlos fue el mismo: hablar por Tinder, pasar a WhatsApp, encontrarse en un parque, buscar un bar, de preferencia oscuro, besos antes de la segunda cerveza. Sin embargo, ninguna sombra romántica podría haber ocultado que Carolina tenía por lo menos ocho kilos de más que sus fotos de la aplicación. En inglés le dicen a eso *catfish*, que desafortunadamente traduce bagre, y se usa para referirse a quien, a través de una identidad falsa o robada, se hace pasar por alguien diferente en internet. Por extensión se usa para aquellas personas que disfrazan en exceso su apariencia en el mundo virtual, o sea, todos somos bagres. No acuso a Carolina: fui miope y ella conocía el arte secreto de los ángulos y los encuadres, pero no puedo evitar confesar que, al igual que con Diana, sentí que sus fotos ocultaban algo más que mil palabras. Lo que molesta no es la gordura, sino la mentira.

Tinder prioriza las elecciones rápidas basadas en la apariencia. Los perfiles están conjugados en presente, exigen resolverse en el momento, no se

puede ver el siguiente hasta no tomar una decisión y retroceder es una función paga. Al mismo tiempo, ¿qué importa una elección equivocada cuando el único costo para tomarla fue presionar un botón de corazón o uno de cruz? ¿Cuándo por delante hay infinitas —o casi infinitas— opciones? Por lo menos el *speed dating*, uno de los antecesores de Tinder, requiere desplazamiento, presencia, conocer personas cara a cara y aguantarlas como mínimo cinco minutos antes de decidir si uno podría aguantarlas más tiempo.

Tal vez esa ansiedad fue la que me llevó a Laura, María, Cat y Nele, cuatro *matches* con los que no hablé. Ni un hola ni un chiste para romper el hielo, nada. Tampoco ellas a mí. Repasando sus fotos recuerdo que Laura dejó de ser atractiva cuando la miré con más detenimiento; me arrepentí de mi impulso inicial. Las demás no sé. Advirtiendo esto, cuando dos personas hacen *match* y no comienzan a chatear, Tinder deja mensajitos tiernos motivacionales como: “Un poquito de educación... ¡Di algo!” (Laura), “¿Que cómo ando? Con los pies” (María), “A todo el mundo le gusta recibir piropos” (Cat) y “El primero en mandar un mensaje, gana. Preparados... Listos... ¡Ya!” (Nele).

Con omnisciencia similar a la de Google, Tinder sabe muchas más cosas de mí que si hablo con mis *matches* o no. Sabe cuál es mi foto más efectiva y me recomienda que sea la primera en mi perfil. Sabe que estoy revisando mis conversaciones viejas y me ofrece descubrir las más de veinticinco personas a las que les gusta en este momento; veinticinco “*matches* al instante” a cambio de una suscripción Gold con funciones exclusivas, \$15 400 mensuales, o una Plus, por \$9200. Sabe que si después de meses de inactividad comienzo a usarla de nuevo es probable que esté soltero. Sabe que si eso pasa me da un *boost* de visibilidad, el mismo que puedo comprar por \$12 500, o el paquete de diez a \$78 000 pesos, cobrados aparte de las suscripciones. Y sabe que su algoritmo funciona con números, por lo que independiente de carajadas/ayudas/*superboosts* cada perfil tiene asignado un puntaje oculto, que determina quién ve qué perfil: si yo soy un siete la aplicación me mostrará a otros siete, algunos ocho y varios seis, cinco, tal vez algún cuatro implorante.

El puntaje solía calcularse según 1) qué tan deseable y 2) qué tan activo era cada usuario. La deseabilidad contrastaba los sí recibidos con los rechazos obtenidos; por ejemplo, un “Me gusta” de alguien con un puntaje superior subía el propio. La actividad del usuario se medía con base en el uso constante y adecuado de la aplicación; por ejemplo, castigándome por no haber hablado con esos cuatro *matches*. El 15 de marzo de este año, Tinder® anunció que prescindiría de la deseabilidad, concentrándose solo en la actividad de los usuarios. Este *ranking* lúbrico es la base de muchas de las operaciones que ocurren tras la utilería. Si Tinder detecta que he pasado muchas cartas y no me ha gustado ninguna, aparecerá alguien con un puntaje superior al mío, asegurando el “Me gusta”. Un mayor puntaje significa una mujer más bella, más deseada, versión 2.0, da igual que nunca vea mi tarjeta o no se interese en mí, lo importante es ese fabuloso cebo que me mantiene enganchado.

Más desencuentros que fugaces noches de sexo. Con Juanita salí dos veces y no hubo chispa. Algunas semanas después me recomendó para una entrevista de trabajo. Me contrataron. El puesto era el suyo. La desterraron a otro departamento donde llenó bases de datos hasta el fin de su práctica. El resto de la empresa pensaba que éramos ex. A la primera salida con Mon también fue su prima, con la excusa de que su trabajo era junto al bar donde quedamos de vernos. No hubo cerveza, no hubo besos, no hubo trío, no hubo segunda cita. Con Nathalia hablé dos días y no dimos el salto a WhatsApp. María Isabel me dio su WhatsApp y no le escribí. Igual con Mila. Mariana con una ene respondió mi primer mensaje. Vi su respuesta cinco meses después. Estaba buenísima. A Susana le dejé de hablar por desinterés. Yana era una modelo ucraniana. Después del *match* me confesó que solo buscaba amigos y fotógrafos. Estaba buenísima. A Aura, después de verla “disponible” en Tinder, le escribí por Facebook. Aparece Catalina, muy por encima de mi liga. Lo sé porque uno conoce el límite de sus capacidades y porque llega justo después de una racha de noes. Dicen los que saben que los griegos nos dañaron con la idea de la media naranja. Pero Cata es radiante, perfecta para fantasear que hacemos *match*, salimos, envejecemos junto a dos perros que se llaman Pepito y Carbón. Tengo un último recurso, la bala de plata de los usuarios gratuitos, el “Súper me gusta” del día.

Lo último que se pierde es la esperanza. Puedo comprar uno más por \$15 400. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

EL NOVENO ARTE

Tal vez haya un género en el cine, las historias de aquellos que enfrentan la ley. Y en él, otro, las historias de robos; un clic más y tenemos el que motiva estas líneas: los robos en los que el ingenio suplanta a la violencia: ni disparos ni bombas ni puñales. Apenas el poder del ingenio, del *savoir faire*, del talento. El robo elevado, o casi, al nivel de las bellas artes.

Durante muchos años, el cine se empeñó en destinar al fracaso esos eventos, y no solo en el triste Hollywood del Código Hays. En la inglesa *The lavender hill mob* (1951), Alec Guinness construye una trama cuya realización, por fuerza, le lleva años; al final, un incidente fortuito lo echa todo por tierra. *Rififi* (1954) y *Topkapi* (1964) son dos notables ejemplos, quizás los mejores, y sin duda los que más frustran al esperanzado espectador. Ambas son dirigidas por Jules Dassin, un norteamericano enviado a tierras europeas por el poderoso macartismo. En las dos, como en la cinta de Guinness, un detalle imposible de prever (aquel odioso pajarito de *Topkapi*) da al traste con dos proyectos tan minuciosos como la más espléndida de las filigranas.

Sospecha uno que, al menos en Hollywood, aquel incómodo veto comenzó a disiparse con *The Thomas Crown affair* (1964), con Steve McQueen en el papel de un impecable *gentleman* que lleva a buen término una jugosa estafa bancaria. Treinta años después, en un pseudo *remake*, es Pierce Brosnan quien lleva la carne al asador.

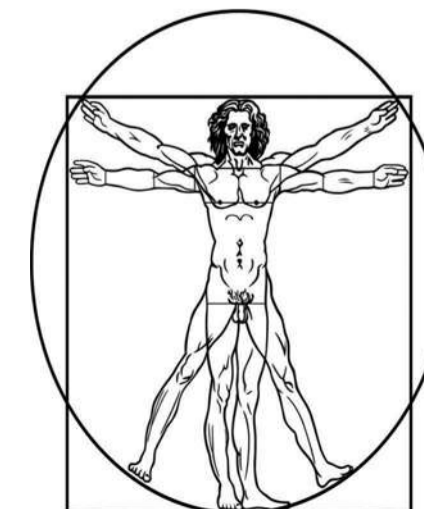
Muchos otros filmes debo dejar en el tintero: *The score*, por ejemplo, con Marlon Brando mirando de lejos el duelo entre Robert de Niro y Edward Norton, duelo cuyo final he de callar. *Ocean's eleven*, también con dos versiones, ambientadas en Las Vegas. La primera —Sinatra— sin triunfo, la segunda —George Clooney— dejando con un palmo de narices al supervillano Andy García.

Para terminar, una de mis favoritas: *How to steal a million* (William Wyler, 1966), donde Peter O'Toole y Audrey Hepburn, sin ayuda de nadie, logran burlar el complejo sistema de seguridad de un museo; el objetivo, una estatuilla que, de por sí, es una estafa.

En fin. Todas estas películas triunfalmente delictivas cumplen a rajatabla la leyenda escrita en la pared de un local, escenario de un robo cometido en Niza, a finales del siglo XX: “Sin armas, sin violencia, sin odio”. Que era lo que se quería demostrar.

CODA

Los intocables (1975) es un espléndido libro de entrevistas que nos permite espiar la obra de cinco grandes artistas colombianos. Altamente recomendable, si bien hoy solo es posible rastrearlo en bibliotecas y librerías de viejo (gracias, Paola). El autor se llama Fausto Panesso. Lo busco en Google y encuentro variada información sobre sus libros. Sobre él —su vida, sus andares, sus fechas—, ni una línea. Justo esa clase de ignorancia que añoraba Borges. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguadelo@hotmail.com

Antes de los Programas de Alimentación Escolar, los hogares del ICBF y las estrategias de Buen Comienzo, Medellín tuvo una casa con 45 mujeres encargadas de entregar leche a los niños que mendigaban y sobrevivían en una ciudad que comenzaba a alardear. Gota de Leche ha persistido más de cien años en esa tarea en el Centro de Medellín. Un noble hábito de los hábitos.

El tamaño de la Gota

por PATRICIA NIETO

Ilustración: Elizabeth Builes



Una asamblea de niños delibera a las nueve de la mañana del miércoles 10 de abril de 2019. Los cabildantes observan el contenido de una pequeña urna transparente plantada en el centro del círculo que han formado. Ni el ruido que viene del exterior ni el zumbido de una mosca atrapada entre dos cristales interrumpe. Un movimiento que se origina en el fondo arenoso del recipiente anuncia un acontecimiento. Entonces, los presentes cierran el círculo para ver mejor aquello que emergerá de la profundidad. Después de algunos segundos, la superficie luce cuarteada como la tierra después de un terremoto y por las grietas salen a la luz seis líneas marrones que se mueven con dificultad.

Parece que las larvas no responden a los estímulos de afuera; pastan en su planeta de vidrio a la vista de quienes liberan la tensión propia del silencio y especulan: “quieren agua”, “el más grande se come todo”, “¿están tristes?”, “no tienen cachos”, “se van a convertir en cucarrones”, “¡no los toquen!””, “son feos”, “mejor las mariposas”...

En la conversación, en torno a la vida dentro de la urna, participan niños y niñas de tres años de edad, Aventureros, en el lenguaje institucional, que ya recorren su escuela como si fuera un gran jardín en el que deben sobrevivir. La charla a propósito de las larvas da pie a la agenda del día. La maestra recoge las ideas como si fueran miguitas de pan y las convierte en actualidad. Hoy, según su interpretación, la asamblea sugirió que alimentarse bien, proteger la naturaleza, expresarse libremente, proteger a los débiles y preguntar por todo aquello que se ignora pueden ser los temas del día. El avistamiento de las larvas hace emerger las preocupaciones de los niños que habitan un saloncito verde y rosa anclado en el caserón que sirve de hogar diurno a los 540 alumnos de Gota de Leche, la guardería más antigua de Antioquia.

Después de las conclusiones, el corro se disuelve. La maestra lleva las larvas a un lugar fresco donde seguirán transformándose y los niños, como si el tiempo hubiese vuelto a su marcha, se dedican a sus prácticas cotidianas: amarrarse los cordones, patear una pelota o tratar de pronunciar el nombre de la

hortaliza que, a pesar de su hermoso color violeta oscuro, no es grata a su paladar: re-mo-la-cha.

A las doce del día, cuando el Centro de Medellín se convierte en un río de oficinistas en busca del “ejecutivo”, un almuerzo barato compuesto de sopa, seco y sobremesa, Jerónimo y Thomas Restrepo Cañas ocupan su mesa en el comedor de Gota de Leche, un espacio colorido donde podrían almorzar hasta seiscientos niños. Puntuales y pulcros, los gemelos abordan el plato con la seguridad de quienes saben comer. A punto de cumplir cinco años, estos Constructores son expertos en frutas y verduras, legumbres y hortalizas, huevos y carnes, cereales y aceites, agua y leche.

“A mí me encanta verlos comer”, dijo Kelly Cañas, su mamá, mientras emblocaba libretas en la litografía donde trabaja. Repitió la frase y sonrió con un gesto que iluminó toda su cara. Hace tres años los gemelos, que, según narra la madre, nacieron con solo seis meses de gestación, no lograban consumir el mínimo necesario por día. A veces, los ingresos familiares solo se consolidaban a las siete de la noche después de un largo día de rebusque de sus abuelos; y, en otras

ocasiones, la falta de apetito echaba a perder cualquier preparación casera. El ingreso a Gota de Leche, cuando ya tenían un año y seis meses, les salvó la vida. Así lo ve Mónica Acosta, la abuela que los acunó en su pecho cuando medían solo 39 centímetros.

La prioridad de Gota de Leche es la alimentación en dos dimensiones: espiritual y física. De la primera se encargan las Hermanas Dominicas de la Presentación con 101 años en esta casa; de la segunda, Bibiana Escobar, nutricionista y dietista, con ocho años en la guardería.

“Se espera que al cumplir cinco años cada niño haya recibido la alimentación necesaria para garantizar un desarrollo físico y cerebral que le permita ingresar a la escuela en óptimas condiciones”, explica Bibiana mientras va de la cocina al comedor saludando a las quince mujeres encargadas de preparar y servir el menú que ella supervisa según los dictados de Buen Comienzo, el programa que la Alcaldía de Medellín creó en 2004 para atender a la población infantil vulnerable. Los datos actuales muestran que queda mucho por hacer. Según el último informe Medellín Cómo vamos, realizado por una alianza de entidades privadas interesadas en hacer seguimiento a los indicadores de calidad de vida en la ciudad, por lo menos 58 por ciento de los niños entre cero y seis años están hoy en situación de vulnerabilidad y pobreza.

“Los cuatro momentos diarios de alimentación aquí son sagrados. Para los niños son los rituales del autocuidado y para mí la oportunidad de interpretar sus necesidades a través de los gestos”, dice Bibiana mientras se abre paso entre mesones repletos de bandejas. La exploración le da pistas sobre el estado físico y emocional de los niños y también le pone retos. “Les encanta comer frijoles, arroz con leche, carne molida, espaguetis y frutas. No les provoca comer ni chicharrón ni mazamorra ni re-mo-la-cha”, concluye y se va a su despacho a mirar las estadísticas.

Si bien Gota de Leche proporciona ochenta por ciento de los nutrientes que un niño necesita cada día, no basta con dar comida: es lo que se deduce de lo que Bibiana expresa cada vez que abre uno de sus archivos. El 31 por ciento de los niños, muchos de ellos llevan varios años bajo su cuidado, presenta alteraciones nutricionales llámense obesidad, sobrepeso, riesgo de sobrepeso, riesgo de desnutrición o desnutrición. Para luchar contra eso, Gota de Leche ha involucrado a las familias como agentes educativos y las ha preparado para el cuidado nutricional en las noches, los fines de semana y durante las vacaciones largas; y también ha diseñado un combo de batidos vitamínicos, atención emocional y rutinas de ejercicio físico que ya son una leyenda entre los expertos en nutrición de la ciudad. El año pasado, por ejemplo, once niños desnutridos y 49 en riesgo fueron involucrados en procesos de atención que exigieron atención personalizada.

“¿A usted no le parece una bendición que un niño de cinco años pida sopa, aguacate y lechuga?”, preguntó Kelly Cañas antes de encomendar a los setenta empleados de Gota de Leche a la Virgen María. En el fondo de su fe, ella sabe que no hay milagro sin trabajo; y es consciente de que a partir de 2020,

cuando los gemelos dejen la guardería, ella será la responsable de que no les falte ni el pan ni la leche ni el amor.

Veinte mujeres aparecen en una fotografía tomada en 1917. Se cree que posaron para el fotógrafo Melitón Rodríguez en el patio de una casa similar a la que ahora ocupa Gota de Leche en la calle 40 con carrera 50A, en pleno Centro de Medellín. O tal vez lo hicieron aquí mismo, donde hoy los Aventureros observan seis larvas, unos años antes de que fuera adquirida para la obra en 1922. O de pronto se dejaron retratar en el convento de los jesuitas, en la vecina plazuela de San Ignacio, donde empezó esta historia. En todo caso, en la fotografía están ellas con las miradas fijas, las bocas apretadas y sus hijos, sobrinos o hermanos en el regazo.

Dicen las actas que fueron 45 mujeres las primeras en acudir al llamado de la Asociación de Madres Católicas respaldadas por el jesuita Gabriel Lizardi. Todas las mañanas se acercaban a un local cerca del convento donde les daban cátedra católica y una botella de leche. En otra foto, de las que reposan en la Biblioteca Pública Piloto, se ven dos mujeres cargando a sus hijos, una mujer con delante que pudo ser una de las primeras empleadas de Gota de Leche, que para entonces ya se llamaba así, y una religiosa ataviada con una toca blanca estilo *cornette* propia de las religiosas dedicadas a la caridad. Al fondo, sobre un tablón de madera, se ven varias hileras de botellas de diferentes formas y tamaños.

Un vaso de leche fue, para muchas madres trabajadoras y sus bebés, la única comida de la mañana hace cien años. En los archivos de la guardería han escrito repetitivamente un relato fundacional que quedó sintetizado en el libro *Cien años sembrando amor*, Jardín Salas Cunas Medellín Gota de Leche, publicado hace dos años. Al mediar la segunda década del siglo XX “en Medellín eran frecuentes las escenas de los niños desnutridos cerca de la quebrada Santa Elena, que acompañaban a sus madres lavanderas a restregar la ropa en las piedras de las orillas; otros muchos permanecían en las calles o al cuidado de algún vecino o familiar mientras sus madres trabajaban en el servicio doméstico, y durante los fines de semana se los veía también en las calles aledañas a la iglesia de San José, donde las señoras los encontraban al salir de la misa dominical, y podían ver el precario estado de salud e higiene de estos niños que pasaban hambre y frío”.

Para proteger a los niños vulnerables mientras que sus madres intentaban ingresar al precario mundo laboral, nació Gota de Leche. Hay que decir que en la segunda década del siglo XX, después de la Guerra de los Mil Días, de la entrega forzada del canal de Panamá a Estados Unidos y de la Primera Guerra Mundial que sacudió con sus aplastantes consecuencias a todos los rincones del planeta, la pobreza reinaba en el amplio territorio nacional. El historiador Jorge Orlando Melo describió, en su texto *Colombia en el siglo XX: cien años de cambio...*, la situación de los niños en esa época: “Las epidemias amenazaban a los menores, y el tifo, la viruela o las enfermedades gastrointestinales mataban a 1 de cada 6 niños antes de cumplir un año. Los médicos solo existían para

la minoría que podía pagarlos: para las enfermedades había que resignarse a infusiones de hierbas u otras formas de medicina alternativa y casera”.

Si bien el aliento inicial para Gota de Leche provino de la caridad que enseña el catolicismo, la desoladora situación de los niños obligó a los fundadores, señoras, monjas y curas, a interesarse por las disciplinas dedicadas al cuidado y crianza de los niños, ciencias muy desconocidas en un país que solo abrió sus primeros preescolares asistenciales en 1930. En este punto vale decir que cuando Colombia creó el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar en 1968, Gota de Leche ya le adelantaba en 51 años de experiencia.

La fotografía en blanco y negro de las madres y sus niños en el patio de la sede es tal vez la más antigua que se conserva en los archivos. La más reciente se podría tomar ahora mismo, a la una y media de la tarde, cuando los 540 niños y niñas, entre los siete meses y los cinco años, duermen la siesta mientras que afuera la ciudad arde bajo un cielo oscuro, señal de que una de las tormentas de abril se aproxima.

Ataviada con una capa verde, Mariángel Ayala Raga recorre los pasillos de Gota de Leche. Es la última en la hileras de los Constructores que, a punto de cumplir cinco años, pasan su último año en la guardería. Su capa, larga y brillante se levanta con el viento que siguió a la lluvia. Mariángel podría ser Irredesa, el hada de la luz que vive en un girasol, en su papel de ayudante en la construcción de los arcoíris. Pero Mariángel no vive en las profundidades de un bosque milenario, ella pasa los días en un laberíntico caserón donde se ha nombrado guardiana del agua.

En los archivos de Gota se lee que en los años veinte se realizó la “compra de una casa de tapias y tejas, con su correspondiente solar, media paja de agua de diez líneas de diámetro de la del Distrito con sus mejoras y anexidades”. Yolanda Gómez Delgado, la experta en Alta Gerencia que asumió la dirección de Gota de Leche después de una saga de veintidós monjas que fueron la autoridad allí durante 97 años, dice que a la casa original se le agregaron a lo largo de un siglo otras de la vecindad amén de locales y solares hasta llegar a los cuatro mil metros cuadrados de hoy.

La casa, el jardín imaginario de Mariángel, se extiende detrás y hacia los lados del pequeño patio que fue el centro. Pasillos con pisos rojos y amarillos techados por tejas de barro conducen a los dieciocho salones donde transurre la intimidad de cada grupo de niños, niñas, maestras y cuidadoras.

Al paso de Mariángel se puede observar lo que ocurre detrás de las ventanas: la mayoría de los Soñadores recibe masajes para fortalecer las piernas mientras que una de sus cuidadoras Deisy Alejandra Galeano, a punto de cumplir un año en la guardería, se ocupa de los que ya saben ponerse de pie. Los Saltarines recorren las habitaciones en busca de privacidad. Se evaden debajo de las mesas y en los rincones más secretos. Sandra Arenas, la maestra con doce años en Gota de Leche, explica que cuando cae la tarde los niños menores de dos años buscan un refugio para descansar en soledad. Mariángel,

guardiana del agua, se pega de la ventana que da al sector de los Exploradores, observa el salón vacío y descubre que las fotografías de los niños y los cartones con sus frases especiales se hacen más visibles cuando todos se han ido a la huerta. La profesora ha puesto en letras lo que Emiliana, de dos años, dijo esta mañana: “La cabra tiene hambre / yo le di zanahoria / el conejo está suave y gordo”. Al llegar al comedor, Mariángel ve que los Aventureros, que ya han tomado el algo, la última comida del día en el jardín, se preparan para regresar a sus casas. Ya en la mesa, ella y su grupo, del que también hacen parte los gemelos, toman leche y comen torta de manzana.

Beber leche es una fiesta en Gota. Cada día se consumen allí 172 litros; una cifra que solo al multiplicarla produce satisfacción: 860 litros por semana, 3440 al mes, 41 280 al año. Mariángel, que no conoce el dato que hace sonreír a Bibiana, la nutricionista, le contesta con otro gesto de plenitud antes de despojarse de su capa y unirse a la fila rumbo a la puerta de la casa donde ya se agolpan las mamás y donde, desde hace rato, espera Martín Rendón, el responsable de cuidar las seis larvas esta noche.

“Samuel Tabares Velásquez”, llaman por el altavoz. El niño de tres años apura el paso y se acerca a la puerta. Al otro lado lo espera María Velásquez, la mamá que lo abraza como si hubiera pasado un siglo sin verlo. María lo levanta de un envión. Samuel aferra las piernas a la cintura de la mamá y así, abrazados, cruzan la calle y entran a la Plaza de Flórez, un mercado popular donde María vende guantes, bolas de icopor, cucharas, bolsas de plástico con agarradera y sin ella, cuadernos con rayas, pliegos de papel globo y cosas así en su pequeña miscelánea. Dos horas más tarde, a eso de las 6:30, María y Samuel preparan en la motocicleta de Edwin Tabares, esposo y papá y, aferrados el uno al otro, viajarán hasta el barrio Santo Domingo Savio en la colina más alta de la ladera oriental de Medellín.

Antes de caer la noche, cuando ya no quedan niños ni maestras en Gota de Leche, Yolanda, la directora, cierra la puerta de su oficina centenaria. Se sumerge en las calles del Centro de Medellín y repara en lo que muchos no ven: mujeres y hombres trabajadores con sus niños en el regazo expuestos a la ciudad ruda que es Medellín. Los ve al pie de los semaforos y en las esquinas custodiando pequeñas ventas; los descubre en los mostradores de los bares y en casetas de ingreso a parqueaderos. Cabe suponer que ante esas fotografías urbanas, la mente de la directora se ocupa de una cifra: cada año cien niños no alcanzan un cupo en Gota.

Entonces, es posible pensar que si bien los treinta mil niños atendidos por Gota de Leche en un siglo son muchos para una obra que nació por caridad, y que hoy recibe 67 por ciento de sus recursos del Estado, también son pocos para una ciudad poblada a fuerza por campesinos víctimas de la guerra. Sería bueno que mañana, en una asamblea formada por los adultos responsables del futuro de Medellín se deliberara sobre este asunto: los niños de Gota pueden enseñarles cómo se hace. ☺

*Agradecimiento especial a July Paulin Salazar Duque, coordinadora pedagógica de Gota de Leche.

Conversaciones desde San Ignacio es un proyecto de



comfama

No existe la menor cuantía para el recién asaltado. Mucho menos cuando los ladrones se llevan una colección de palabras ordenadas y listas para ser tinta sobre papel. Esta es la historia del hurto de la edición conmemorativa del *Almanaque Humorístico Frisol* y otros trebejos. Prepárense para la alegre historia de un robo mayor de palabras menores.

Cuando te quiebran un ala

por JULIO MARTÍN SÁNCHEZ HERRERA

El *Almanaque Frisol* tiene tropiezos para su publicación anual, pero ya no vale la pena ni mencionarlo. Para este 2019 está proyectada una publicación conmemorativa con los mejores cuentos que han salido —también algunos inéditos— en estos diez años de ediciones “discontinuas”. Discontinuas porque en 2012 no salió por el anunciado fin del mundo de ese entonces y esa plática se iba a perder. Luego nos dimos cuenta de que el 22 de diciembre de ese año era el Día de los Inocentes en el calendario maya, así que ni yo me he muerto ni el mundo se ha acabado. En 2013 tampoco salió por una calamidad doméstica. Y el de 2019 está en veremos. Aquí les voy a contar por qué.

Corría el domingo 23 de diciembre de 2018 y ansioso viajaba de Yolombó a Ciudad Simón a pegarle los últimos ajustes a la publicación de aniversario. Estaba terminando el año pero no importaba, mi idea era salir el primero de enero con el *Almanaque Frisol 2019*. Yo no hago prácticamente nada pero manejo una agenda muy apretada y me pareció que esa era una buena fecha.

Ese día llegué a eso de las siete de la noche a mi casa, que queda como a cinco minutos del pueblo y muchas veces permanece sola. Abrí la puerta, llegué al escritorio y vi que no estaba el pequeño portátil que me había prestado mi hermano Ovi para escribir el *Frisol*. No estaba tampoco seguro de haberlo guardado debajo de la cama, como acostumbro algunas veces, pero de todas maneras miré. Me di cuenta de que no solo no estaba el portátil de Ovi, sino que tampoco estaba el otro que se me había dañado.

—¡Eh!, ¿pero qué pasa aquí? —me dije.

Miré donde tenía un minicomponente empacado en su caja y tampoco había rastros. Luego miré hacia el patio con rejas y noté el palo de escoba con el que habían jalado el picaporte de la puerta de atrás, que estaba sin seguro.

—Me robaron, ¡di papaya hijueputa!

Caminé por los cuartos de la casa y fue como si hubieran hecho un pequeño allanamiento en los cajones. Se llevaron ropa sucia, unos pantalones que tenían un cheque y hasta unos calzoncillos. Mi cerebro comenzó a sumar la cuantía del robo y ahí caí en cuenta de que todos los archivos, todo lo que había hecho y guardado del *Almanaque Frisol 2019* se lo habían llevado. Me sentí impotente, sin ganas de seguir. Empecé a respirar profundo, a aceptar la realidad con resignación. ¡Solo eso le faltaba al *Frisol*!

—Será cerrar ya este ciclo de mi vida —me dije, y salí hacia la estación de policía a poner el denuncia.

Regresé a la casa con dos detectives de la Sijín, que eran como el yin y el yang: uno muy mono y muy blanco, y el otro muy negro y churrusco. Se tomaron una gaseosita con pandequesos y sacaron una libreta para que yo les diera la lista de los objetos robados, junto con los recibos de compra.

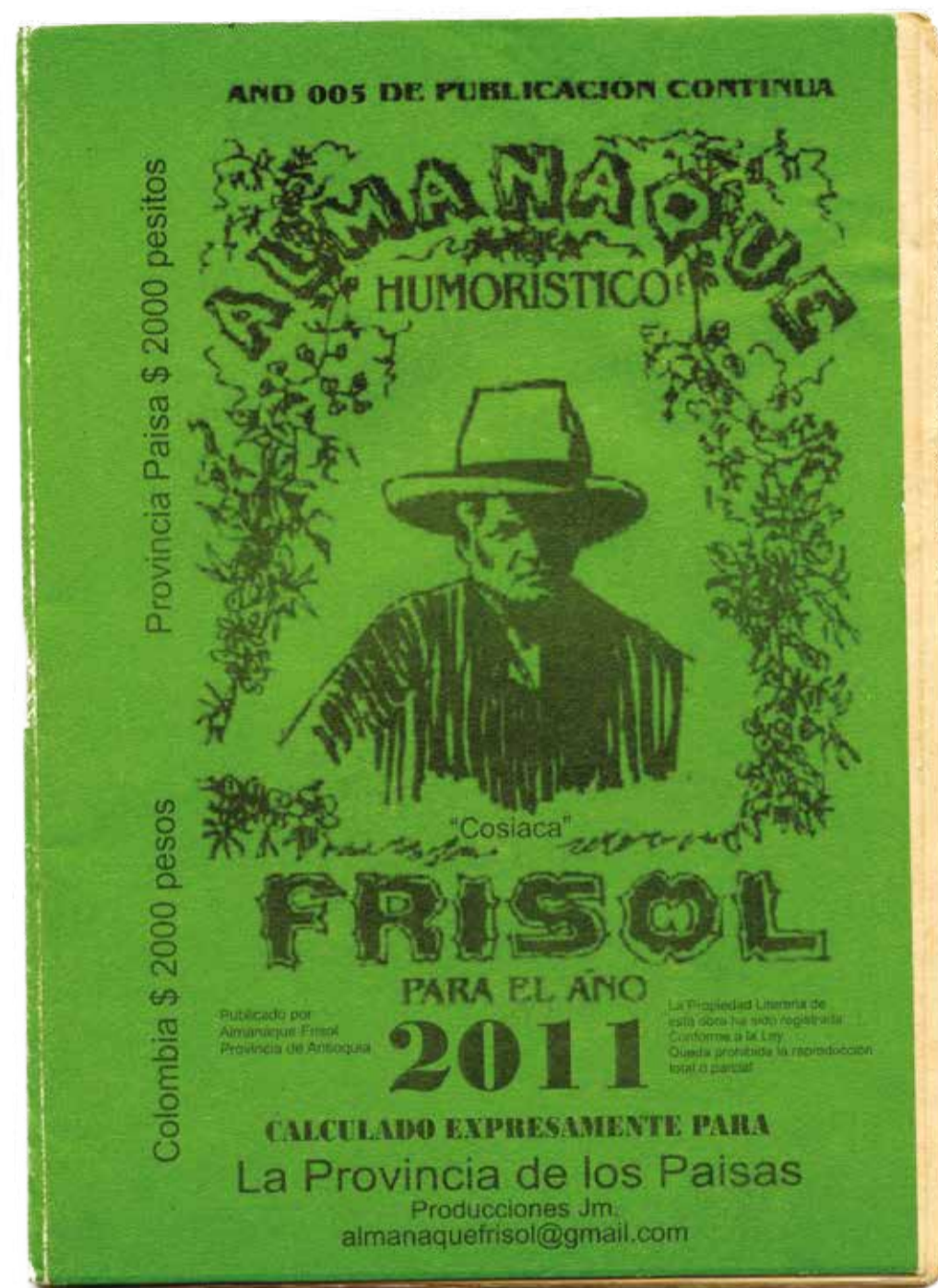
—¿Los recibos de compra? ¡¿De esos equipos tan viejos?!

—Entonces bregue a acordarse y saque una lista de todo lo que le robaron para que vaya a poner el denuncia mañana —dijo Yin.

—Agentes, entre las cosas que me robaron hay una chaqueta azul oscura con una banda blanca en la parte de abajo y una capucha que dice Adidas. Con este frío tan berraco que está haciendo ya deben estar andando con ella, esa puede ser la pista más fehaciente. Anoten mi celular y me las cantan.

Así también se les habla a los agentes de la ley.

Cuando se fueron, sentí que me iba a dar una chiripiorca, entonces me abrigué bien —¡qué hijueputa fría estaba haciendo esa noche! — y salí



a dar una vuelta al pueblo, a mirar quién tenía por ahí mi chaqueta.

En el puente del Chorrillo, entré por la carretera al edificio de vivienda social, estigmatizado y conocido como La Comuna 13. Dos sujetos me abordaron y me hicieron comprar a la brava un paquete de “yerbabuena”.

—Lleve cucho, de la buena.

Me figuré comprar. Entonces como para romper el hielo, de la noche y de la encerrona, les dije:

—¿Saben qué, muchachos?, por allí arriba me hicieron un daño, me robaron unos portátiles, un minicomponente y una chaqueta azul oscura con una banda blanca en la parte de abajo y una capucha que dice Adidas. Con este frío tan berraco que está haciendo ya deben estar andando con ella, esa puede ser la pista indiscutible. Anoten mi celular y me las cantan.

—De una, cucho, es que hay mucho pelao ratica por ahí suelto, nosotros somos negociantes —me respondieron—. Pa las que sea cucho y si hay que levantarlos también...

—Nooo —interrumpí—, tampoco hasta allá. Si lo ven, solamente me llaman.

Y salí a recorrer el bajo mundo de Ciudad Simón. Llegué donde los *rapimoteros* a dejar la misma información.

—Y si ven al de la chaqueta azul me las cantan.

—Hágale profe que de una.

En el bar Las Fufurufas entré a tomarme una Costeña. La sensación fastidiosa del piso pegajoso en mis pies, lleno de saliva y regueros de cerveza, casi me hace devolver, pero me pudo el escote más atractivo y vendedor de cervezas en el pueblo. Una barra de borrachos alrededor mirando un hermoso surco intermamario, todo un ritual de las tetas. A ellos les eché la misma carreta:

—La mejor clave para identificarlos es una chaqueta azul, con una banda blanca en la parte de abajo, así y asá...

Recorrí varios bares en diferentes sectores y el de la chaqueta azul por ninguna parte. Se fue la noche con unos amigos que me sirvieron de apoyo y consuelo hasta que volví a mi casa, a eso de las dos de la mañana.

Cuando a las tres y media sonó mi celular, ¡riiing! Y una voz chirriada me habló al otro lado del teléfono:

—¡Ey profe!, ya le tenemos la vuelta. Caiga a las seis de la mañana al puente del Chorrillo que le van a entregar sus cositas, pero no vaya a llamar a la policía.

Y colgó.

Esas son de las noticias buenas, para las que lo pueden llamar a uno a la hora que sea.

Me levanté a las ocho.

—¡Ay juemadre!, me lo perdí, qué guevonada.

Me bañé, me organicé y volví a tomar la ruta de la noche anterior. Bajé por el puente del Chorrillo, subí por el edificio de La Comuna 13, cuando desde un callejón me llamaron:

—¡Profe!, ¡profe! —eran los dos yerbateros—, venga cucho que ya le tenemos la vuelta. La cosa es la siguiente, usted y yo nos vamos pal puente del Chorrillo a esperar —me dijo el Gato— y el Pegón va donde los pelaos pa que le entreguen sus cosas.

Salí del puente con el Gato, y el Pegón cogió para el edificio. Andaban levantados y amanecidos con chorro y esa otra bobada que se echan por la nariz y lo que les quedó de la yerbabuena. Estaban pero bien “asados”, y en el puente, el Gato y yo escuchábamos lo alzado que estaba el Pegón.

—Este guevón me va a calentar la vuelta —decía el Gato, y fue tanto que termino por caernos y cercanos la policía con una patrulla, dos motos y ocho efectivos.

—¿Qué es lo que está pasando acá? ¡Una requisita! ¡Documentos! —me dijo un policía—. ¡Vóltese y me da la espalda para una requisita! ¿Qué lleva atrás?

Atrás llevaba el celular y la bolsa de yerbabuena que le había comprado a los informantes la noche anterior. ¡Ya ni me acordaba de que estaba ahí! Lo que me salvó fue que el paquete estaba detrás del celular y que le puse cara de buena gente al policía.

Y dice el Gato:

—No señor agente, lo que pasa es que al profe le hicieron un daño allá arriba donde él vive. Le robaron unos computadores y nosotros ya sabemos que los tienen allá en ese edificio, en el cuarto piso. ¿Sabe qué profe? —me miró el Gato— entiéndase con ellos que yo me voy.

—Espérese a ver un momento, no se me vaya —dijo el comandante—, vamos allá donde le tienen las cosas al señor.

Salimos en tremenda procesión, con el público del vecindario asomado por las puertas y las ventanas. Subimos el edificio gris y monofónico, bloques de cemento ensolvados, voces casi penitenciarias de los inquilinos en celdas que simulan ser un hogar. Señoras recién levantadas y con el “buche” mojado de lavar trastes. Niños sin bañar. Llegamos hasta el cuarto piso donde vivía una familia numerosa, en un apartamentico lleno de cosas regadas por el piso y por todas partes un rebulero miedoso.

—Bien pueda busque sus cosas —me dijo una señora.

¡¿Y quién por Dios?! Los muchachos me ayudaron a buscar y a empacar en unas talegas de fibras.

—Ombe muchachos, nos dimos cuenta por las cámaras —les decía mientras empacábamos para despistar a los agentes—. Agradézcan que yo no estaba allá porque les hubiera armado el polvo más miedoso, devuélvanme las cosas que yo no les voy a poner ninguna denuncia y manéjense bien pa que los dejen pa lo último.

Me devolvieron más cosas de las que yo me acordaba, y hasta me encimaron otras...

—Nooo... ¡esos calzoncillos no son míos!

Me llevaron hasta la casa. Tres *estopadas*, cuatro policías y una patrulla pa llevar lo hurtado.

—Revise bien qué le falta —dijo uno de los agentes.

—Todo está bien señor agente.

Y se marcharon.

Más tarde salí a buscar a una señora para que me ayudara con el aseo porque esa noche llegaría mi familia a pasar la Navidad. Ya habían pasado casi cuatro horas del suceso cuando me sonó el celular, ¡riiing!

—¡Profe! Pa que venga y hable por nosotros que estamos encanados en la estación de policía —me llamaron los informantes. Salí del comando escoltado por tremendas lumbreras.

—¡Ey, profe!... ¿Sí nos va a dar la liga? Mire que allá quedó rayado en el comando y se me va a calentar la venta de la bareta, mire que no tenemos ni pa los pasajes.

Les di veinte mil que tenía. Me salió barata la vuelta.

—Todo bien profe, nos queda debiendo el aguinaldo.

Mercancía de incalculable valor se recuperó del audaz robo: cuatro individualizaciones (dos de los culpables del robo y dos de los informantes), una visita al comando a meter las manos en el fuego por los yerbateros, y muchos de los archivos ya borrados del computador, entre ellos el del *Almanaque Frisol 2019*.

Ese fue el balance de la jornada.

Epílogo

Hace días que volví al bar Las Fufurufas para hacer el ritual de las tetas, pero la chica ya no estaba y en su lugar había un muchacho que al pedirle la segunda Costeña me comentó:

—¿Sabe qué?, por ahí andan buscando a alguien así, con esa misma chaqueta azul, con una banda abajo blanca y las letras de Adidas en la capucha por un robo que le hicieron a un man.

Por mi seguridad, me abrí del parche. ☺





En el café

por LIZANDRO ARBOLAY

Ilustración: Verónica Velásquez

Silbando salió de la librería con un libro entre el cinturón y el pubis. La melodía maltrataba *En el salón del rey de la montaña*, el comercio exhibía el logotipo de Imago, el título traducía *El nacionalismo de Edvard Grieg*, el material remedaba piel de serpiente, el velo era castaño y recortado.

Dobló la esquina imitando los platillos y timbales de la orquesta con chasquidos de lengua. Desafinando a destiempo, desistió en media frase y cruzó la calle, luz en amarillo, en busca de un *cappuccino* con canela, dejando al pobre Peer Gynt encerrado en la montaña, a riesgo de terminar hervido en caldo, asado en pincho o dorado en cazuela por insultar a la hija del rey de los troles.

El ladrón —defínase de una vez el masculino, un amigo mío— entró en el local y sonrió al divisar a la barista. Recordó el dicho, en la era de la pornografía gratuita, el erotismo pagado es la nueva frontera, que le volvió a sonar particularmente acertado para sitios como ese: pequeños, independientes, *frikonómicos*, operados por empleadas *hipstéricas*, faltas de uniforme y seguro médico, pero rebosantes de autoestima y aplicaciones. Aquella parecía uno de esos seres que mimetizan a la perfección los rasgos de esta ciudad mezclada y dividida, cosmopolita y aldeana. Se fijó en la melena rubia con cerquillo ladeado y cuña rapada, los hombros blanquitos bautizados de pequitas y tatuajes, la nariz respingada de zarcillo osado, los ojos verdosos de rojiza esclera, los senos pequeños de grandes pezones, la camiseta rosada y estampada en cráneos. Dos amores fundaron dos ciudades, el desamor se deleita contemplándolas.

Pidió el *cappuccino* recargado, dos cuartos de café, un cuarto de leche y un cuarto de espuma, para beber aquí mismo, por favor. Fiel al papel asignado,

la barista respondió con una mirada cómplice, levantando una ceja en reconocimiento del cliente que sabe exactamente lo que desea y denuncia el deseo con firme cortesía. En silencio desenvolvió los movimientos. Activó el molinillo y depositó la molienda en el portafiltro, la niveló con el índice y la comprimió bajo el pisón mientras se mordía los labios para exagerar el esfuerzo. Colocó el portafiltro en la máquina, partió el goteo del *espresso* en el tazón de cerámica, abrió y cerró la llave del vapor para expulsar la condensación, vertió leche entera en la jarra de acero inoxidable, introdujo la varita del vapor, lo abrió y, en el tiempo que tomaba subir la leche, devolvió un mechón a su puesto tras la oreja. Lista.

Cerró la llave, sacó la jarra, limpió la varita, rompió posibles burbujas con golpecitos contra el mostrador de madera, sirvió la leche espumada en el café dibujando un corazoncito y remató, con ayuda de un molde, espolvoreando la canela en copo alusivo a la inminente llegada del invierno. Mejor imposible.

Como he dicho, se movía con desventura, sin pecar de automatismo, aunque la había visto ejecutar la maniobra decenas de veces. En estos oficios, para negar a quien nos mira, uno suele afirmarse en la rutina, en la repetición mecánica que oculta el ser y muestra el hacer, o en el pavoneo que representa y exhibe una persona distinta de la que conocemos. En ella, cosa rara, la mirada masculina no producía efectos nocivos. Era una barista de presencia tan real que seguiría existiendo aunque nadie la viera, como si fuera un principio indispensable en el orden del mundo, o un elemento cuya contemplación frenara el paso del tiempo. Al menos eso pensaba mientras esperaba el café.

Por desgracia todo tiene un precio, hasta el mirar, y a la hora de pagarlo se arriesga envilecer la vista. Para evitar

el riesgo, suele haber otra persona en la caja que chulamente cobra la bebida y el espectáculo, preservando el ensueño y completando el ciclo. En ocasiones, como esta, la barista está sola y tiene que desplazarse a la caja con pesadumbre. Es una lástima tener que cobrarle a un cliente tan especial, insinuaron los manierismos. Si pudiera, con gusto le regalaría el café.

Él también habría preferido el *cappuccino* de regalo, aunque tuviera que pagar por los granos, la leche, la canela y el uso de los instrumentos. Pagar más por la materia y los medios con tal de no pagar por el trabajo, para que no fuera un trabajo sino un acto, un gesto compuesto de muchos gestos dirigidos hacia él, pero no fue así. En el comercio minorista se paga más por el servicio que por los bienes. Al menos mi amigo no vulgarizó el intercambio con efectivo ni, peor aún, con propina insuficiente o excesiva. Pagó de la forma más etérea posible, con tarjeta de crédito, y agregó el veinte por ciento del precio, agregado que considerara pertinente, el quinto real, en pago de un *cappuccino* tan bien ejecutado.

Encontró una mesa buena para la vista y, sentado dando la espalda a la pared, examinó desdeñoso los paquetitos de azúcar y sucedáneos antes del primer sorbo. Era viernes. Tenía salud, dinero y la conciencia limpia —robar libros no es robar—. La cafeína estimulaba el sistema nervioso. El mundo era suyo.

Abrió el libro y comenzó a estudiar al resto de los clientes. Un adolescente de secundaria ensimismado en el yóismo del móvil. Vosotros, que nos queremos tanto, debemos wasapearnos, no me preguntes más. Sigue en lo tuyo que vosotros seguimos en lo nuestro. No tenía nada contra los teléfonos, él mismo llevaba uno en el bolsillo, pero bueno es lo útil, y esto era un desperdicio. Quitate la gorra y levanta la vista, chaval. Mira la gente y reconóctete en ella.

¿Había sido él así hace diez, quince, veinte años ya? No, los equivocados siempre son los otros.

Bien lo sabría ese señor de traje y corbata en la mesa cercana al mostrador, la equivocación es ajena, los errores propios son descuidos. Rasurado mañanero, reloj caro, entradas disimuladas por el peinado, ¿pelo teñido?, el tipo no es habitual en la zona. Ah, esos vistazos furtivos. La crisis de los cincuenta, colega, la hora fantasma de la andropausia. El bajón de testosterona y ¿qué has hecho con tu vida? Cuántas cosas cambiarías si pudieras volver atrás. La barista no puede ayudarte por mucho que imagines sus aureolas perladas. Venga, ánimo, un poquito de dignidad en la recta final.

Mirando y mirando, vio un libro abandonado en una mesa. Alguien lo habría olvidado. Se levantó a reclamar el hallazgo. Eran dos. Más delgado, el segundo se escondía debajo. *Протоколы сионских мудрецов*. El ruso que nunca aprendió, bastante con el francés que la madre le obligó a estudiar. Por los abuelos más que nada. Y el otro, *Mein Kampf*. Ese sí lo conocía, de oídas, sin necesidad de saber alemán ni de haberlo leído. Era un libro cuyos lectores debían detestarse sin miramientos.

Detestar así, a toda hora, no es pan comido. Abominar algo sin verlo requiere un convencimiento constante en las razones del odio. Es tan fatigoso para la mente que uno termina encargándose al guardián incansable, el instinto de conservación. Entonces rechazar algo impersonal se vuelve tan espontáneo como esquivar un golpe o retroceder ante un peligro. Es más fácil detestar al sentirse víctima potencial. Digo más: para abominar un abstracto sin apelar al instinto, para detestarlo a plenitud y consciencia, hay que ser un poco abominable uno mismo. La gente común no detesta el mal, simplemente le teme. Así piensa mi amigo, y es un hombre de bien.

Mientras pensaba, alguien salió del tocador y regresó a la mesa para toparse con una espalda cargada de pensamientos. Palmada en el hombro y el ladrón a punto de reincidir se volteó a encarar el llamado. Del zorro a la sorpresa: alguien era una muchachita negra. Le habría sorprendido menos que fuera un rabino. La vio, miró el libro y de golpe el mundo le pareció menos suyo.

Sorprendido *in fraganti*, pidió disculpas por la curiosidad y preguntó con atropello si estudiaba las causas de la Segunda Guerra Mundial en la escuela, si tenía que hacer una tarea sobre el tema. Más que preguntar, suplicó una respuesta afirmativa que restableciera su posesión del mundo, una afirmación que reinstaurara la cotidianidad donde alguien como ella solo examinaría ese libro, que él mismo no había leído, por obligación o para abominarlo. Era la única explicación posible.

—¿Qué? —contestó ella y él repitió las preguntas al borde del grito.

El señor enamorado, el adolescente distraído y la barista citadina orientaron la atención a la escena. Sin quererlo, había levantado la voz sobre el nivel de la calma, suponiendo que el discernimiento es compartido y en todas las mentes el mismo. Con la exaltación había dejado de ser un espectador. Ahora lo miraban a él y eso lo desconcertaba tanto como la negrita del libro ario. Así me dijo.

No piense que mi amigo es un mal hombre porque habla como habla. La idea lo deprimiría. Él no excluye a nadie de la categoría humana por

generalidades, aunque mucha gente le parezca demasiado por particularidades. Es un humanista contemplativo y contemplar es un fin en sí mismo. Por algo la vista es el sentido principal. Ojos que no ven, corazón que no siente.

En ese momento sus ojos vieron cómo lo miraban y en el corazón, no, debajo, en las vísceras, sintió repugnante aquello de ser un objeto pasivo, un cuadro, una imagen, un sustantivo en espera de verbo. Así lo describió mi amigo, con esas palabras. Ha leído bastante y quizás por influencia de las lecturas también se sintió el centro de una viñeta, de una escena leída por otros y poblada por personajes sin nombre, como figuras definidas para la vista, y no por personas de carne y hueso. Lo cual es muy desagradable para quien vive convencido de que la mayor razón para dejar la cama en la mañana es observar el mundo, identificar sus procesos, ser un testigo. Ver la paja en el ojo ajeno. Por supuesto, no le revela ese convencimiento a nadie, porque sabe que le tomarían lástima. A la gente no le basta con ver para vivir, necesita tocar. Un absurdo. Para mayor paradoja, el principal argumento contra la visión son las ilusiones visuales. Si confundimos algo tan sencillo como el tamaño de dos líneas en un plano, ¿cuánto más no confundiremos en una tridimensionalidad en cambio constante? Acaso lo que vemos no coincide exactamente con lo que existe, y si el entendimiento del mundo a través de los sentidos es engañoso, mientras más potente sea el sentido más nos engañará. Como no existe sentido más potente que la vista, la visión es el opuesto del conocimiento. Por eso al apóstol Tomás no le bastó con ver las heridas de Cristo resurrecto para creer, necesitó meter el dedo por el agujero de los clavos y hurgar con la mano en el costado. Ese pasaje no es un llamado a la fe ciega sino un resumen del dilema antiguo de la observación. Ahora existe un dilema moderno que llaman el efecto del observador y que podría resumirse en una frase: el acto de observar algo influye en su comportamiento y composición. Existe un dicho muy viejo que viene a decir lo mismo: el ojo del amo engorda el caballo. Quizás por eso es tan incómodo que te miren a los ojos, por el choque de miradas donde una termina dominando y cambiando a la otra. Cuando te miran desde gafas oscuras es peor porque no puedes calibrar la intensidad, aunque supongo que eso tiene su ventaja.

Mi amigo pensó esto, y otras cosas que no contaré, en el intervalo entre la repetición de la pregunta y la segunda respuesta. Le parecerá mucho para un instante, pero toma más tiempo contar las ideas que pensarlas, ¿verdad? Si una imagen vale mil palabras, un pensamiento vale mil imágenes.

—Esos libros no son míos. Estaban en la mesa cuando llegué. No podría leerlos. ¿De qué tratan?

Por supuesto que no eran suyos. Algún sicópata en formación los habría olvidado. Justo ayer había visto un documental sobre la extrema derecha. Increíble. Bandas de alcohólicos y drogatas con chaquetas de cuero protestando contra la inmigración. Una partida de racistas temerosos de lo desconocido. Una piara de cerdos cebados de prejuicios creyéndose una manada de lobos hambrientos de justicia. Pero no había que temerles. No tenían a nadie fascinante o siquiera elocuente, a un orador magnético y representativo. Nunca conseguirían organizarse políticamente y seducir a la

gente. Si acaso incendiarían una mezquita o una sinagoga.

—Son míos —dijo la barista—, tratan de ciegos y de un tuerto que fue rey.

Es verdad que, en ocasiones, haría falta un millón de palabras para describir exhaustivamente un instante de pensamiento, para desenredar y estirar cada hilo que nos pasa por la cabeza en fracciones de segundo. Todos tenemos esos instantes colmados y casi nunca intentamos verbalizarlos porque es muy difícil hacerlo y porque sabemos, sin necesidad de pensarlo, que el intento será fallido, que la madeja enredada es espléndida, que hablar o escribir es sacrificar la complejidad y la belleza por la comunicación. Pero hay otro tipo de instante más impresionante y menos cuantificable, porque no lo forman tanto pensamientos como... eso, impresiones, sensaciones que encajan de pronto y arman una certidumbre. No es un momento eureka, cuando uno resuelve un problema con una idea repentina. Es más bien una especie de epifanía, cuando uno deja de ver el mundo como problema y se descubre como solución. Lo explico mal. Es el momento cuando uno entiende que tampoco coincide exactamente con lo visto y no le pesa que así sea, cuando descubre la viga en su propio ojo y ve que sirve para apuntalar el mundo.

En ese instante de claridad no estaba abismado en complejidades interiores sino erguido en completa estatura. El tiempo seguía corriendo y las cosas seguían ocurriendo con igual nitidez, pero... distintas, como vistas desde arriba, desde un estrado. Desde ahí vio que uno de los tatuajes en el hombro de la barista eran dos ojos y no cuatro círculos, como había pensado a primera vista. Vio al señor del traje suspirar y trazar esas líneas en la mesa con la yema del índice. Vio las sienes rapadas del adolescente y el ángulo del móvil enfocando a la niña que no veía lo que estaba sucediendo. Vio el cuadro entero reflejado en el espejo tras el mostrador, reflejo que incluía la expresión de su rostro. Mi amigo volteó la espalda y salió del local casi corriendo.

Le cuento esto porque ayer leí un artículo que me hizo repensar el incidente. Habla del experimento que hicieron en una universidad norteamericana para delimitar el *stade du miroir*, es decir, la fase cuando el niño reconoce su propia imagen. Muy sencillo: marcaron a los críos con un crayón en la frente o en la punta de la nariz y comprobaron que los menores de veinte meses saludan su reflejo e interactúan como si fuera otro niño. Entre los veinte y veinticuatro meses, el niño finalmente se toca la marca y descubre que es ese que ve. Al final del artículo hay un video con extractos del experimento. Les brillan los ojos al reconocerse en el otro y se examinan con fascinación mientras una voz en *off* comenta el valor de la imagen corporal en la formación del yo, pero el interés dura poco y vuelven a los juegos. Excepto uno, un rubiecito que se mira muy serio con la mano en la marca y avanza dando pasitos laterales hasta que logra ver detrás del espejo sin perderse de vista. La voz no comentó nada al respecto.

Quisiera haber sabido del experimento antes, cuando mi amigo me contó lo que pasó en el café, porque le noté un tono medio arrepentido, como de reproche. Intenté animarlo diciendo que no era para tanto, que a veces era preferible correr a pecar. Así le dije. Me miró y dijo que yo no había entendido nada. ¿Usted tampoco? Ya somos dos. ☺



ROCK N ROLL
TIENDA

ROPA Y PARAFERNALIA ROCKERA,
BUENA MÚSICA, BUEN PARCHE

Tel. 2316624 • Cel. 3193208998 • Fb. Rockandrolltienda
Centro comercial la playa • Cll 52 # 46-22 L. 262

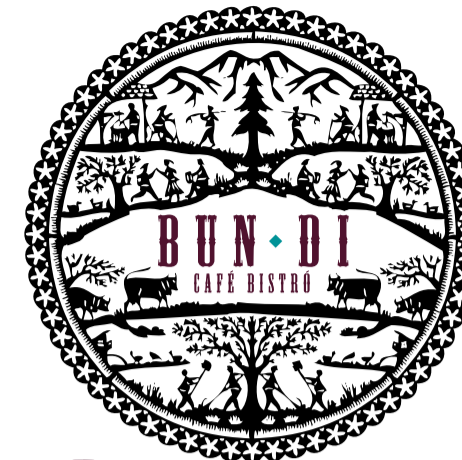
Historia de un entusiasmo

En el universo casi siempre efímero de los proyectos periodísticos valiosos, la revista *Alternativa* ocupa el lugar más alto: el curubito, y eso que en Colombia hay una larga historia de descalabros periodísticos que han naufragado precisamente por eso: por buenos. El poder, o el sistema, o este mundo injusto —como le queramos decir— no aguanta ver impresa la confluencia de crítica, veracidad, un tris de humor y esa cosa que nadie sabe definir pero que todos reconocemos al leerla, que se llama buena escritura. *Alternativa* fue un entusiasmo que apareció en febrero de 1974 en forma de revista quincenal. Tenía una tirada de diez mil ejemplares y desde el primer número la policía la persiguió en quioscos, porque era de izquierda. Eso se sabía desde el cabezote: traía el lema “Atreverse a pensar es comenzar a luchar”, que parecía dictado por la Juco. Pero en realidad quienes estaban detrás de la publicación conformaban una nómina fabulosa que a lo largo de los seis años que duró incluyó nombres como

Enrique Santos Calderón, Estanislao Zuleta, Salomón Kalmanovitz, Beatriz de Vieco y Orlando Fals Borda. La diagramaron en distintas épocas Carlos Duplat y Carlos Duque. Daniel Samper, para la fecha el periodista más leído del país, era columnista. Antonio Caballero fue jefe de redacción. Y cobijándolo todo como consejero editorial estaba uno de los escritores más importantes de América Latina: Gabriel García Márquez, para entonces muy activo en defensa de derechos humanos y quien enviaba reportajes exclusivos desde distintos lugares del mundo. *Alternativa* era una revista de portadas y titulares geniales, juegos de palabras, textos audaces, caricaturas virulentas y el arrojo necesario para agarrarle los huevos a la política más rancia, como nombrar “Animal del año” al alcalde de Bogotá. Pero duró no más hasta 1980, cuando se ahogó por falta de plata, que es el precio que en periodismo se paga por abrir tanto la boca.



Colección de la revista *Alternativa*. Hemeroteca patrimonial de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



@BUNDI_CAFEBISTRO
CALLE 53 # 42-15

El Túnel
BISTRÓ

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45

@EITunelCyC
eltunelcyc@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522

EXLIBRIS café libros repostería

Le solucionamos todos sus problemas navideños

SOLO LO MEJOR
Libros
Postres
Almuerzos
Café
Compañía

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

Karoty
PARAFERNALIA PARA FUMADORES

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

Cohete.net

#diseñopaginasweb #solucionesalamedida #apps #marketingdigital

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

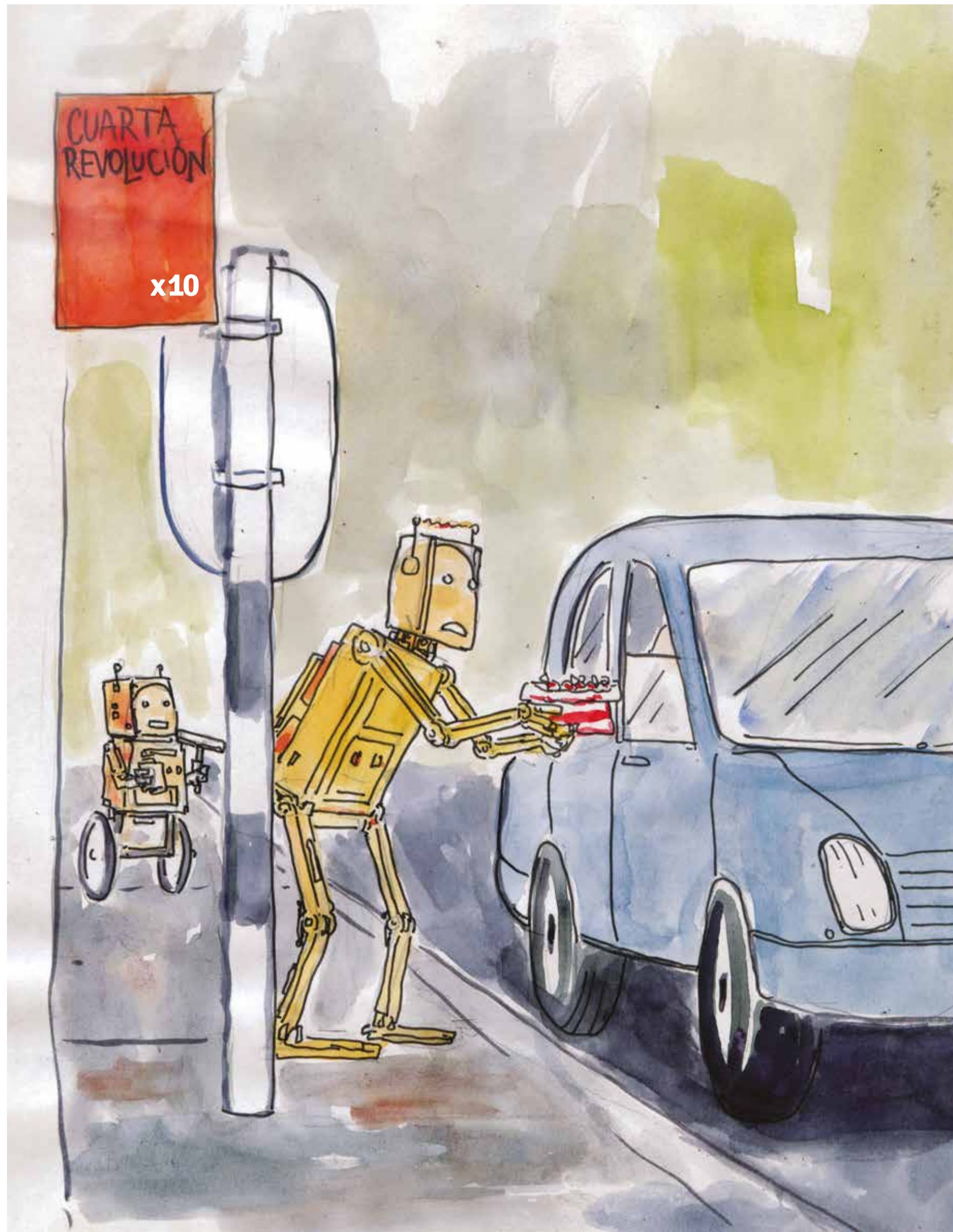
OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 4:00 P.M.
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

Millón
ART DRINK AND FOOD

Carrera 42 No 54-01
Contacto: 3054382744
Restaurante.millon





13^a

FERIA POPULAR

DÍAS DEL LIBRO

EXPEDICIONES

Mayo 18 y 19

Barrio Carlos E. Restrepo

Sábado: 10:00 a. m. a 10:00 p. m.
Domingo: 10:00 a. m. a 8:00 p. m.

Entrada libre



vartex

7 Muestra de Video Experimental & Conferencias

Organiza cinétagos.net

Apoya 

Muestras Conferencias

Seminario de *video clip*

Medellín 7 al 11 de mayo


 @FiestaLibro
 #CulturaCiudadana
www.fiestadellibroylacultura.com

EN ASOCIO CON



BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

MUY PRONTO EN MEDELLÍN

ALIADOS PRINCIPALES



comfama

APOYO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

sura

Foto: Jason Bell



YO-YO MA

9 DE MAYO EN MEDELLÍN
TEATRO METROPOLITANO

BACH PROJECT
#CULTURECONNECTSUS

“Estoy seguro que la música ha sido creada para transmitir mensajes instantáneos. En esta época la gente del planeta busca identidad, sienten que han perdido el sentido de solidaridad. Somos luz y conciencia y compartimos como especie esa identidad, que deberíamos empezar a sembrar.”

Yo-Yo Ma

SUITES PARA CHELO

DE JOHANN SEBASTIAN BACH

TARIFAS PARA AFILIADOS A COMFAMA

Localidad	Precio público	TA	TB	TC
Platea 1	\$ 290.000	\$ 48.000	\$ 70.000	\$ 217.500
Platea 2	\$ 190.000	\$ 31.000	\$ 45.000	\$ 142.500
Balcón	\$ 90.000	\$ 15.000	\$ 21.000	\$ 67.500

*Las tarifas no incluyen Ticket Service

*tarifas especiales para afiliados en cantidades limitadas, válido hasta agotar existencias.

Válido para compras realizadas en los puntos de venta Propios de TuBoleta. Indispensable presentar documento de identidad original. Cada afiliado podrá comprar máximo 4 boletas, presentando el documento de identidad de cada uno de los asistentes. El valor de la boleta se asigna de acuerdo a la categoría salarial de cada asistente. Edad mínima: 7 años. Para más información visita la página web. www.tuboleta.com o llama a la línea de atención (1) 5936300.